







DESCUBRIMIENTO

Y

CONQUISTA DEL PERÚ.

ATENEO DE MADRID



DESCUBRIMIENTO

Y

CONQUISTA DEL PERÚ

CONFERENCIA

DEL GENERAL

DON TOMÁS DE REYNA Y REYNA

leída el día 22 de Febrero de 1892



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20
1892

Señores:

Quisiera yo, siguiendo el ejemplo dado aquí por otros conferenciantes, entrar en el fondo del asunto desde la primera palabra; pero esto, que me seduce por el buen gusto que revela, sólo pueden hacerlo quienes gozan de alta reputación por sus conocimientos ó elocuencia, ó se dirigen á un público del cual son conocidos. Si yo que carezco de todas estas condiciones, intentara siquiera el imitarlos, me expondría á parecer presuntuoso. Necesito—y hasta un deber de cortesía me lo impone—necesito deciros por qué me veis en este lugar cuando carezco de títulos para ocuparlo; por qué en ocasión tan solemne alcanzo, sin merecerlo, el honor de dirigiros la palabra.

Con muy pocas lo explicaré, que no debo abusar de vuestra atención con asunto de carácter exclusivamente personal.

El Presidente de la Sección de Historia del Ateneo, al organizar y distribuir estas conferencias, se ha obstinado en encomendarme una de ellas, sin que mis repetidas y justificadas excusas hayan logrado hacerle desistir de su empeño; lo cual no me explico sino suponiendo que, en este caso, el calor de la amistad ha debilitado en él la severidad del criterio.

Además, y permitidme os hable de lo que por su carácter íntimo parece impropio de este lugar, un antiguo condiscípulo

mío, compañero de carrera y amigo desde la niñez, ha manifestado igual empeño, planteándolo en términos que no he podido eludir (1).

Ante la porfía de uno y otro, me he visto precisado á ceder, temiendo que mi persistencia en no hacerlo rayara en desatención, ó que pudiera atribuirse más bien á excesivo amor propio que á verdadera modestia.

Y sobre todo esto ha contribuído á vencer mi natural y justa desconfianza, la consideración de vuestra nunca desmentida benevolencia. A ella me acojo; en ella confío. Es verdad que la necesito muy grande; pero muy grande la espero; porque sé que en esta Sociedad, centro de ilustración y de cultura, ondea siempre, en todas las épocas y para todos los casos, la bandera de la tolerancia.

De solemne he calificado esta ocasión, y me fundo para ello en la creencia que abrigo de revestir singular importancia cuanto se consagra á conmemorar el hecho grandioso del descubrimiento del Nuevo Mundo. Cuando se fija la consideración en que ha pasado el hombre miles de años sin conocer el planeta que habitaba, que en tiempos no muy remotos, cuando ya había alcanzado adelantos importantes, continuaba en la misma ignorancia; que hasta el pueblo rey, el pueblo emprendedor por excelencia, el que por dos veces surcó el Océano en son de guerra, para invadir la Bretaña, se detuvo al llegar á los postreros confines de nuestra Península, y dijo á la posteridad: *non plus ultra;* cuando se considera, repito, que también se detuvo allí ante la barrera del Atlántico el curso de la civilización en su marcha de Oriente á Occidente, y de esta manera pasó la humanidad siglos y siglos, contemplando con espanto y superstición aquel misterioso mar, ignorante de lo que en sus límites había, impotente para investigarlo, encadenada por su flaqueza y por lo pavoroso de los arcanos que abrumaban su espíritu y su valor, fuerza es reconocer que el hecho de sobreponerse á tan grandes y tradicionales temores, desafiando con frágiles me-

(1) Aludo al ilustrado general D. José Gómez Arteche, quien al tener conocimiento de mi tenaz resistencia, puso por condición para aceptar su tarea el que yo aceptase la mía.

dios aquellos peligros por nadie hasta entonces, en toda su extensión, arrostrados, raya en lo más sublime del heroísmo, y, humanamente hablando, ni por lo que es en sí, ni por su trascendencia tiene igual en la Historia.

Como tampoco lo tiene la conmoción que produjo : no es fácil imaginársela. Supera á nuestras facultades creadoras el formarse idea de la admiración, del asombro que tan grandioso descubrimiento debió producir en las gentes. Ver surgir del seno del Océano todo un mundo completamente desconocido, con aquella naturaleza exuberante, en la plenitud de su primitivo esplendor, con el encanto de los albores de la vida, con el atractivo de costumbres y civilizaciones ignoradas, y con la seducción del misterio, era, permítaseme la frase, era como asistir al espectáculo de una segunda creación.

A grandes y atrevidas empresas excitaba tamaña novedad; mas para llevarlas á cabo necesitábase una raza de especiales condiciones: de indomable resistencia física, y de los grandes alientos que comunican al alma el entusiasmo y la fe. Ocho siglos de porfiada lucha, en defensa de su patria y de su religión, habían dotado á los españoles de amor á los combates, de aptitud para la guerra, de tenacidad incontrastable, de espíritu aventurero, inquieto y batallador, y de una exaltación religiosa que en todo se sentía, y todo lo avasallaba.

Coincidieron justamente la terminación de esta lucha y la aparición de un mundo nuevo. No podía en mejores circunstancias ofrecerse al valor de los españoles palenque más propio de su espíritu emprendedor. A él se lanzaron, en alas de su arrojo, impulsados por dos móviles á cual más poderosos: el primero, característico de nuestros pasados de entonces, germinaba en su sangre, bullía en sus ideas, fundía en un mismo molde, y daba envidiable unidad á sus pensamientos y á sus actos; este móvil era la religión; el afán dominante de extenderla por el mundo, de llevar siempre ante sí, como lábaro inmortal, la cruz del Redentor. El otro móvil, de carácter general, común á todas las épocas, á todos los pueblos y á casi todos los hombres, era la ambición, la sed de riquezas.

Bajo la influencia de ambos estímulos se lanzaron, repito, al otro lado del Atlántico, á regiones ignotas, y realizaron hazañas

que, con ser verdaderas, se salen del marco de lo real é invaden la región de lo fabuloso. Entre ellas hay dos, cuya magnitud abruma las páginas de la Historia; la conquista de dos grandes naciones: el Imperio de Méjico y el Imperio del Perú.

La de este último, objeto de la presente conferencia, constituye un drama tan sangriento como interesante. Sólo á grandes rasgos me será dable recordároslo, sin ningún dato nuevo que avalore mi trabajo. El pretender hallarlo exigiría larguísimo tiempo y una aptitud y una laboriosidad que no poseo. Además, correría la contingencia de hacerlo estérilmente, después de la investigación llevada á cabo, con infatigable celo, por el historiador anglo-americano Guillermo Prescott. Su obra sobre la conquista del Perú, así como las que también escribió sobre la conquista de Méjico y el reinado de los Reyes Católicos, son trabajos magistrales, modelos de erudición, imparcialidad y sensatez. Su lectura cautiva y hace sentir por el historiador admiración y cariño. Yo me complazco en tributar á su memoria esta manifestación, inspirada por la gratitud, que bien la merece quien, sin ser español, eligió las hazañas de nuestros antepasados para labor de su inteligencia, quien las ha hecho populares en los Estados Unidos y divulgado por el mundo, quien supo dispensar justicia á la España de aquella época, á la España de los hombres de acción, á la España acumuladora de glorias, á la que siempre volvemos los ojos cuando queremos enaltecer nuestra patria.

La primer figura que se nos presenta, al fijarnos en el cuadro del descubrimiento del Perú, es la de Vasco Núñez de Balboa. No me toca la descripción de su vida, que enaltecen rasgos heroicos y elevadas y grandes cualidades; pero hay en ella tres hechos de que no puedo desentenderme, porque constituyen como el prólogo de aquel interesante suceso. El descubrimiento del mar del Sur, la toma de posesión de este mar y la navegación por sus aguas en demanda del referido Imperio.

Fué Balboa quien primero tuvo noticia de su existencia. En una de sus expediciones desde el Darien, cuyo país había pacificado y gobernaba con admirable acierto, pasó por la provincia de Comagre, y un hijo del Cacique le habló de un gran mar que se extendía al Sur de aquel territorio y de las extraordinarias riquezas que en sus costas se encontraban.

Desde tal momento sólo pensó el caudillo español, hondamente impresionado, en llegar á aquel mar y conquistar aquellos países. Se consideró llamado á la realización de un pasmoso descubrimiento, de una empresa que inmortalizara su nombre. Quizá llegó á imaginar, en el fervor de sus alientos, que así como Colón había atravesado un mar desconocido para encontrar nuevas tierras, á él le destinaba la Providencia á atravesar tierras desconocidas para encontrar un nuevo mar. Ello es que desde el instante mismo en que columbró la posibilidad de tamaña proeza quedó fijado el rumbo de su conducta, se agigantó su iniciativa, nada pudo contener el vuelo de sus ideas.

Pero la empresa era dificilísima. No se lo ocultó el hijo del Cacique, joven inteligente y sagaz, cuando le comunicó la noticia. Hay que atravesar, le dijo, profundos pantanos, bosques impenetrables, impetuosos ríos, altísimas y escarpadas montañas; hay que luchar con multitud de indios aguerridos y feroces que en todas partes os disputarán el paso. Hay, sobre todo, á seis jornadas de aquí un país de grandes riquezas, cuyo jefe, el gran Cacique Tubanamá, dispone de poderoso ejército y es indudable que os atacará resueltamente. Nada podéis hacer si no contáis siquiera con mil españoles armados como los que aquí tenéis.

Vasco Núñez participó estas nuevas á D. Diego de Colón, gobernador de Santo Domingo, pidiéndole influyera con el Rey para que le enviase los mil hombres que para tan magna empresa necesitaba.

Mas era él demasiado activo para aplazar por mucho tiempo su ejecución, y demasiado amante de la gloria para exponerse á que alguien se la arrebatara. Abrigaba, por otra parte, fundados recelos de que pudieran embarazar su acción los enemigos que tenía en España y contra él se agitaban; por todo lo cual se resolvió á acometer desde luego la aventurada empresa.

Con este fin se trasladó á Coiba, punto á propósito para iniciar desde allí el atrevido movimiento. Más que atrevido, temerario, cuando se considera que se lanzó á él llevando sólo, en vez de los mil soldados que había pedido, noventa y cinco aventureros. Pronto pudo conocer que no le había engañado el joven indio en cuanto á lo difícil y peligroso de la marcha. No me de-

tendré en sus repetidos y arriesgados accidentes; bástеme decir que tardaron en hacerla veinte días y que al llegar al pie de la montaña, desde cuya cima habían de ver el mar tan afanosamente buscado, sólo iban con Balboa sesenta y siete hombres; los otros veintiocho se habían ido quedando por el camino, heridos unos, enfermos otros, y la mayor parte postrados de cansancio, de fatiga y de hambre.

Balboa se hallaba tan enajenado con aquella empresa, que la miraba como el ideal de su vida; era su acariciado, su pertinaz pensamiento. Ni hambre, ni sed, ni cansancio; nada le agobió en su memorable marcha. Una fuerza sobrenatural le impulsaba, la esperanza de la inmortalidad lo sostenía.

Y llegó al fin el suspirado momento. Trepando por la espesa montaña alcanzaron un paraje muy poco distante de la cúspide; sólo unos cuantos pasos bastaban para ganarla. Allí se detuvieron. Eran como las diez de la mañana. Hallábase Balboa profundamente conmovido; había logrado su objeto; su ideal iba á cumplirse. Mandó á su gente que no se moviera hasta que él les avisara; avanzó solo y llegó á la cumbre; tendió la vista y cayó de rodillas. Los ojos se le inundaron de lágrimas. Elevó sus manos al cielo y dió gracias á la Providencia por haberle concedido la gloria de ser el primer hombre del antiguo mundo espectador de aquella ignorada y maravillosa grandeza.

Dilatada extensión de terreno salpicado de bosques, eminencias y verdes praderas, descendía hasta larga distancia, y, en último término,. cerraba el horizonte ilimitado mar en cuyas aguas, blandamente movidas, centelleaban los rayos del sol de la mañana.

Balboa llamó á sus compañeros: todos experimentaron, á la vista de tan magnífico panorama, la misma impresión que su capitán. Rodearon á éste, y no se cansaban de abrazarle con el mayor entusiasmo, y de protestarle que nunca le abandonarían, que le seguirían siempre á donde quisiera llevarlos. Entonces les dijo Balboa: «Alabemos á Dios que nos ha concedido ser los primeros en pisar esta tierra nunca hollada por planta de cristianos, y en contemplar ese mar nunca surcado por sus naves, y que nos ofrece la dicha de dilatar la doctrina del Evangelio, y de llevar á cabo valiosas y dilatadas conquistas.» Todos se

arrodillaron conmovidos, y uno de ellos que era sacerdote, con acento en que se revelaba su unción, entonó un solemne *Te Deum*. «Jamás, dice Wasigton Irving, jamás ha subido al trono del Todopoderoso desde ningún lugar santificado, oblación más pura ni más sincera que la elevada en tan solemne momento desde la cúspide de aquella montaña, sublime altar de la naturaleza.»

Cortaron un árbol; hicieron con él una cruz; la clavaron en el sitio donde se arrodilló Balboa; apilaron en torno de ella varias piedras á manera de pedestal, y en los árboles inmediatos grabaron los nombres de los soberanos de Castilla. Era el 26 de Septiembre de 1513.

Comenzaron el descenso: duró tres días. Tuvieron que dominar grandes obstáculos; que batirse con los indios de quienes se vieron acometidos. Los vencieron y los trataron, según costumbre de Balboa, con gran benignidad. En el pueblo de Chiapes, de donde eran estos indios, dejó parte de su gente, y con sólo 26 hombres llegó á una bahía que llamó de San Miguel, por haberla descubierto el día de este santo. Le acompañaban también el Cacique de Chiapes y varios de sus guerreros ya sometidos, y que de contrarios había convertido en auxiliares.

Empezaba la tarde: la marea había descendido: el agua distaba más de media legua. Se sentaron á la sombra de los arboles para esperar la pleamar. Llegada ésta, se incorporó Balboa, se vistió sus armas, echó á su espalda el escudo, tomó una bandera en que aparecían la imagen de la Virgen y á sus pies las armas de Castilla y de León, desnudó la espada, y elevándola en su diestra, penetró en el mar hasta que el agua le llegó á las rodillas. Allí agitó la bandera, proclamó á los muy altos y poderosos monarcas D. Fernando y D.ª Juana, y añadió que en su nombre tomaba real, corporal y actual posesión de aquellos mares y de todas las tierras que bañaran, y que estaba pronto y preparado para defenderlas y mantenerlas. Los indios le contemplaban atónitos, sin comprender lo que veían; los 26 españoles que allí estaban se sentían entusiasmados, ardiendo en deseos de nuevas y arriesgadas hazañas. Habían llevado á cabo las de atravesar el Océano, recorrer las Antillas y las costas

orientales de Tierra Firme; luchar día y noche sin tregua, sin descanso, con indios feroces, con mortífero clima, con aquella naturaleza inculta é impenetrable; y acababan de abrirse camino de un mar al otro mar y de ascender al más alto de los agrestes montes que en aquel momento tenían á su espalda, iluminados por los últimos rayos del sol poniente, y en cuya cima habían erigido, en testimonio de sus sentimientos cristianos y de su misión civilizadora, la humilde y sagrada cruz del Redentor. Nada tan natural como el arrebato de que se sentían poseídos. Todo era allí de imponente sublimidad; lo sencillo del acto, lo inmenso del escenario, y lo grandioso del pensamiento. Pudo aquello parecer un delirio, y resultó una profecía. A los pocos años resonaba el habla de Castilla en toda aquella costa que se extiende casi del uno al otro polo; coronaba los Andes la enseña regeneradora del Gólgota; descubría Magallanes el escondido y prolongado estrecho á que dió nombre; penetraba en aquel mar de extensión abrumadora, al que llamó Pacífico; tomaba posesión de sus dilatados ámbitos abrazado á la bandera española, y cuando rendía, bajo sus pliegues, el postrimer aliento, la enarbolaba Elcano, coronándola de la inmarcesible y no igualada gloria de ser la primera que diese la vuelta al mundo.

Como dos meses permaneció Vasco Núñez en aquellos lugares emprendiendo varias expediciones peligrosas, en que estuvo á veces á punto de perecer.

Su propósito nunca se había limitado al solo descubrimiento de aquel mar. Era también el de explorarlo, el de reconocer la costa para encontrar el opulento país de que el hijo del Cacique de Comagre primeramente, y otros indios después, le habían hablado.

Luchando con sumas dificultades que sólo su actividad y energía lograron dominar, construyó dos bergantines en la costa del Atlántico, y los trasportó á la del Pacífico. Con cuantos españoles cupieron en ellos se embarcó; desplegó las velas y se dió á la mar. Tuvo entonces una de las mayores satisfacciones de su vida. Aquel mar lo había descubierto él; aquellos buques los había construído él. Y él era también el primer hombre del antiguo mundo que navegaba por aquellas aguas; y

eran asimismo aquellos buques los primeros de construcción europea que las cortaban con sus quillas.

Navegó en dirección del Sur hasta unas 20 leguas más allá del Golfo de San Miguel, y si los vientos que súbitamente cambiaron le hubieran permitido proseguir, hubiera descubierto el Perú. Se dirigió al archipiélago denominado por él de Las Perlas, donde tenía entre manos la obra en que cifraba sumo interés, de la construcción de otros dos bergantines. Allí recibió una afectuosa carta de Pedrarias, el Gobernador de la colonia, citándole para una entrevista en Acla.

Partió sin demora, y al llegar á este punto fué preso y encarcelado. Pedrarias le visitó, y con refinada hipocresía manifestóse apenado por aquella determinación que era, le dijo, contraria á su volunrad; pero de la cual no podía prescindir á consecuencia de ciertas acusaciones que esperaba serían pronto desvanecidas.

Para comprender la verdadera causa de esta violenta medida, hay que retroceder á la fecha en que Balboa solicitó del Rey el envío de mil hombres para el descubrimiento del mar del Sur. Se alistó en España una expedición, quizá la más lucida y numerosa que saliera de allí en aquellos tiempos, y se encomendó su mando á D. Pedro Arias Dávila, llamado, por abreviar, Pedrarias. Tenía fama de buen soldado, pero no de buen capitán, por cuyo motivo el Rey católico se manifestó rehacio en conferirle tan espinoso cargo; pero el obispo Fonseca, en cuyas manos estaban entonces los negocios de Indias, le decidió á ello con sus favorables informes.

Cuando los expedicionarios arribaron á la colonia y supieron que ya Balboa había llevado á cabo, con solo 95 hombres, el arduo empeño que se les había confiado y que iban ganosos de acometer, se sintió Pedrarias vivamente mortificado, y vió en Balboa, aunque subordinado suyo, un odioso rival. Y cuando luego, sobre el terreno, pudo apreciar la brillante reputación de este caudillo, su inmenso prestigio y la estima y autoridad de que gozaba por su aptitud, desprendimiento, noble carácter é inauditas hazañas, brotó en su corazón la planta venenosa de la envidia. Al mirarle ahora navegando con dos bergantines, y próximo á disponer de cuatro, con los cuales podría realizar

nuevas y atrevidas empresas, mientras que él no había tenido hasta entonces sino desaciertos y desgracias, viendo desorganizada su expedición, muerta de hambre ó por los rigores del clima la mitad de su gente, perdido casi el Darien, envalentonados los indios, malogradas cuantas excursiones intentó, de alguna de las cuales ni un soldado siquiera pudo salvarse, y no debiéndosele ocultar el ansia de los colonos porque fuese Balboa quien los gobernara, la ruin pasión que le consumía se exacerbó hasta el paroxismo, impulsándole á concluir de una vez con aquel hombre extraordinario, cuya superioridad le era ya insoportable. Nada le detuvo; ni aun la consideración de que Balboa había contraído esponsales con una de sus hijas.

Entre él, sus aduladores y los enemigos de Balboa, que siempre los tienen los hombres de su mérito, le urdieron un proceso calumnioso, en virtud del cual fué condenado á muerte.

Acontecía esto en 1517. Estaba la víctima en la flor de su edad: tenía cuarenta y dos años. Sólo habían transcurrido cuatro desde que en la cima de aquellas mismas montañas, á cuyo pie iba á rodar su cabeza, habíase inmortalizado, honrando con nuevo timbre las glorias de su patria.

Las gentes de Acla, pueblo fundado por él, estaban consternadas. El día señalado para la ejecución los embargaba el dolor, y las lágrimas corrían por muchos semblantes. Balboa era querido, era popular; sus nobilísimos hechos estaban en boca de todos.

Llegó la hora señalada, y fué conducido á la plaza donde se había elevado el patíbulo. Marchaba tranquilo y resignado; mas cuando oyó gritar al pregonero que se le condenaba por traidor y usurpador de los territorios de la Corona, «mentira—exclamó indignado—siempre he sido leal, sin más pensamiento que el de aumentar al Rey sus dominios».

Firme y sereno cumplió sus deberes religiosos, subió al cadalso y colocó su cabeza sobre el tajo para que la segara el verdugo.

Así acabó aquel hombre superior, cuyos heroicos hechos inspiraron entonces, y están llamados á inspirar siempre, la admiración y el aplauso de todos los corazones generosos; pero era su gloria demasiado grande para que no la convirtiera en blanco de sus odios la perversidad humana.

Perdonadme el que me haya detenido en esta iniquidad más de lo que el objeto de la presente conferencia permite. Lo he hecho por señalar un ejemplo elocuente y memorable de los estragos de la envidia en las almas sin elevación, y una prueba del funesto resultado de los nombramientos debidos á la flaqueza incurable de los poderes públicos llamada favoritismo, la cual es siempre vergonzoso amparo de nulidades, intrigantes y aduladores.

Y pasaron once años. Corría el verano de 1528. Hallábase en Toledo el emperador Carlos V. Era la época de su mayor gloria. Derrotados los franceses en Pavía, prisionero su Rey, saqueada Roma, como sobrecogida Europa ante el poder del afortunado Monarca, se disponía éste á embarcarse para Italia, donde el Sumo Pontífice iba á colocar la corona imperial sobre sus sienes. La estancia de la corte, la presencia en ella de Hernán Cortés, y el haber llegado cierto extraño aventurero procedente de Panamá, con objetos raros y curiosos, eran causa de animación general y de misteriosas conversaciones. Debía ser recibido por el Monarca, y se notaba cierta ansiedad por conocer el motivo y el resultado de esta audiencia.

El aventurero apareció ante la corte, produciendo desde el primer instante general movimiento de admiración y simpatía. Su hermosa y varonil presencia, el aplomo y desembarazo de su actitud, el calor y la elocuencia de su palabra, y lo interesante y maravilloso de los hechos que narró, conmovieron y entusiasmaron á todos.

Y sin embargo, aquel hombre tan dueño de sí, tan sereno ante la imponente asamblea que le escuchaba, aquel hombre, que con fácil palabra parecía dominar á su auditorio, jamás había pisado la corte, ni hablado en público, ni recibido cultura, ni ejercitádose en otra cosa sino en luchar con los indios, con los obstáculos de una naturaleza primitiva, con un clima destructor, con el hambre y con todo género de estrecheces. Y se presentaba allí ante Carlos V, ante el más poderoso de los monarcas europeos;

no en solicitud de gracias, no en petición de mercedes, se presentaba para ofrecerle un imperio. Aquel hombre era Francisco Pizarro.

Pero detengámonos un momento para que os trace, con cuanta rapidez me sea posible, los antecedentes de este hombre extraordinario.

Nació en Trujillo hacia 1471. Era ilegítimo. Su padre Gonzalo, capitán de infantería, que murió de coronel en Navarra, lo tuvo de Francisca González, mujer de humilde condición; nadie se cuidó de educarle: su desamparo fué completo. Ganoso de mejor suerte, desapareció de su pueblo y se embarcó para el nuevo mundo: nada se supo de él; debió de ir á Santo Domingo; allí permaneció ignorado hasta que en 1510, cuando ya tenía treinta años, se alistó con el intrépido cuanto desgraciado Alonso de Ojeda. Esta es la primera vez que, con tal motivo, suena su nombre en la Historia. La expedición partió de Santo Domingo para Tierra Firme. En los trabajos que allí emprendieron debió distinguirse Pizarro, pues cuando Ojeda tuvo necesidad de regresar á dicha isla en busca de recursos, le encomendó el gobierno de la villa de San Sebastián, que acababa de fundar en Urabá. Las desgracias que allí sufrieron llegaron al extremo de tener que abandonar la colonia; mas después de acordado así, permaneció en ella Pizarro dos meses más, esperando á que la muerte, que los diezmaba con rapidez, redujera su número y pudieran caber en el solo barquichuelo que les había quedado.

Después se unió á Balboa y concurrió á todas sus peligrosas expediciones, sirviéndole de enseñanza provechosa las dotes notabilísimas de mando que á tan insigne caudillo distinguían. Con él iba cuando el memorable descubrimiento del mar del Sur: con él cuando su jefe tomó posesión de este mar.

Acompañó después á Gaspar Morales, pariente de Pedrarias, en una expedición ordenada por éste, y que tuvo un término desastroso. Como ya conocía el terreno, por haberlo recorrido antes con Balboa, fueron sus servicios de gran utilidad, lo cual aumentó su prestigio. Distinguióse, además, notablemente por su arrogante valor. En esta ocasión fué cuando al oir á un Cacique del archipiélago de las Perlas el relato de las riquezas del Perú, y al verle señalar con el dedo la dirección en que se en-

contraba este país, se arraigó en su ánimo la firme resolución de su conquista.

Cuando el Gobierno de aquella colonia se trasladó atravesando el itsmo, desde Darien á Panamá, conforme algunos años antes había aconsejado Balboa, fué Pizarro al mando de Pedrarias. Allí siguió combatiendo con los indios y alcanzó mucho crédito en las conquistas hechas hacia la parte del Norte; pero éstas eran de escaso resultado, y como al mismo tiempo estaban todos los ánimos preocupados con los fabulosos triunfos de Hernán Cortés, se acentuó en Pizarro el propósito que ya tenía de llevar á cabo en la región del Sur las hazañas de Cortés en la del Norte.

No faltaban entre los colonos de Panamá otros animados de los mismos deseos, mas lo arduo de la empresa por las inmensas dificultades que la distancia y la naturaleza del terreno le oponían, era causa de que nadie la acometiese. Puede conjeturarse cuán arriesgada se juzgaría, considerando que aquellos aventureros animosos, emprendedores y acostumbrados á luchar con todo género de obstáculos, calificaron de locos á Pizarro y á otros dos que se asociaron con él para la realización de su proyecto. Eran estos consocios Diego de Almagro y Hernando de Luque. El primero, natural del pueblo de su nombre, algo mayor que Pizarro; expósito y soldado de fortuna, se distinguía por su valor y por su carácter abierto, leal y generoso. El segundo era cura de Panamá, y por su tino y conocimiento de los hombres, gozaba de influencia y de general estimación.

Compraron dos buques pequeños, el mayor de los cuales era justamente uno de los construídos por Balboa para la misma expedición. La mayor dificultad estuvo en la recluta de voluntarios. Se desconfiaba mucho de toda empresa en dirección del Sur. En fuerza de grandes trabajos pudieron reunir como 100 hombres. Con 80 de éstos y 4 caballos salió Pizarro en el buque de Balboa, á mediados de Noviembre de 1524. Almagro debía seguirle cuando el buque menor estuviera aparejado.

La estación era malísima: justamente la de lluvias y vientos contrarios para aquella navegación; pero nada podía detener á Pizarro. Tocó en el archipiélago de las Perlas, atravesó el Golfo de San Miguel, se dirigió al puerto de las Peñas, y en-

trando en el río de Birú se internó por él como dos leguas. Desembarcó: estuvo tres días reconociendo el país; no encontró sino pantanos, bosques y peñascos. El hambre y el calor les obligaron á reembarcarse. Siguieron recorriendo la costa, y eligieron para detenerse un puerto donde pudieron hacer agua y leña, pero nada más encontraron allí. Las provisiones del buque estaban á punto de agotarse. Para retardar tan aflictivo extremo, no tomaba cada uno por todo alimento al día sino dos mazorcas de maíz. Se hallaban tan débiles y demacrados que se horrorizaban de verse. Sólo ansiaban y pedían volver á Panamá, renegando de la hora en que habían salido de allí. En tan crítica situación, desplegó Pizarro las notables condiciones de su carácter. A todos los animaba y les dirigía palabras de consuelo, procurando infundirles la gran fe que él tenía en el éxito de la empresa. Pero el bastimento se iba agotando; estaban ya en el extremo de faltarles en absoluto. Para remediarlo en cuanto fuera posible, acordaron dividirse, yendo algunos en el navío á las islas de las Perlas en busca de provisiones, y sosteniéndose los otros allí como pudieran hasta la vuelta de Montenegro, que así se llamaba el designado para dirigir el viaje. La provisión que éste llevó consigo se redujo á un cuero de vaca, seco, encontrado en el barco, y á unos cuantos palmitos amargos, de los que rebuscando se recogían en la playa.

Si antes había desplegado Pizarro notables cualidades, ahora las demostró superiores á todo encarecimiento. No era el jefe, era el amigo cariñoso, el compañero, el amparo de sus subordinados. Él, á semejanza de lo que había visto en Balboa, asistía personalmente á los enfermos; se afanaba en buscarles algo con que contribuir á su alivio, y trabajaba por sí mismo en la construcción de barracas donde guarecerlos. Por todo alimento no tenían sino raíces, lo mismo los sanos que los enfermos, y como muchas de ellas eran venenosas, aquellos infelices comenzaron á hincharse, y en pocos días fallecieron 27. Estaban para fallecer todos cuando regresó Montenegro conduciendo carne, fruta y maíz.

Entonces acordaron abandonar aquel sitio, al que llamaron puerto del *Hambre*, y proseguir reconociendo la costa. Tocaron en varios puntos, en uno de los cuales hallaron indios cari-

bes, y por fin se detuvieron en un paraje al que llamaron *Pueblo Quemado*. Allí necesitaron mantener frecuentes luchas con indios feroces y tenaces, incansables en sus acometidas. Tres castellanos fueron muertos; muchos heridos, y Pizarro estuvo á punto de perecer. Al observar que se distinguía por su valor, y por lo que animaba á los suyos, se echaron sobre él los indios, en tan gran número, que lo derribaron, y rodó por una ladera; pero incorporándose con la velocidad del rayo, atravesó á dos, contuvo á los demás, y dió tiempo á que le socorrieran. Sin embargo, resultó gravemente herido.

Curados con aceite hirviendo, único remedio de que podían disponer, se reembarcaron, trasladándose á Chicama, punto inmediato á Panamá. Necesitaban enterarse del paradero de Almagro.

Este se había hecho á la mar tan pronto como pudo, siguiendo el mismo derrotero que Pizarro, tratando de conocer por las señales que hubiera en montes y playas los parajes en que había tocado. Desembarcó también en Pueblo Quemado, punto funesto para los dos capitanes; si allí Pizarro fué herido, Almagro, en su lucha con aquellos salvajes, perdió un ojo. Siguió recorriendo la costa, y al ver que no daba con sus compañeros, creyó que habían sucumbido. Llenos todos de desaliento, determinaron volverse á Panamá. Por fortuna tocaron antes en la isla de las Perlas: allí supieron el paradero de Pizarro, y fueron á reunirse con él en Chicama.

Acordaron entonces, teniendo en cuenta las pérdidas experimentadas, su escasez de recursos y el mal estado de los dos navichuelos, que Almagro marchase á Panamá en busca de nuevos auxilios; pero fué allí mal recibido, hallando en la mayor parte de las gentes, y más en Pedrarias, gran oposición al proseguimiento de una empresa que juzgaban todos descabellada. Á la influencia de Luque se debió sólo el poder proseguirla, si bien fué preciso recabar del Gobernador levantara su prohibición para el embarque de gente, ofreciéndole parte de las ganancias que se obtuvieran sin que él arriesgase nada.

Pero exigió también se nombrase un adjunto á Pizarro que le contuviera y dirigiese. Por indicación de Luque fue designado Almagro, á quien se dió, para autorizarlo, el título de Capitán.

Cuando Pizarro lo supo, se mostró resentidísimo, y si bien ante las razones que le expusieron pareció calmarse, es de presumir que no pudo olvidar aquel desaire, circunstancia que menciono como iniciación acaso de desavenencias ulteriores que tanta sangre y tantas víctimas costaron.

Por el pronto la unión apareció cordialísima. Pizarro había pasado ya de Chicama á Panamá. Reunidos allí los tres consocios determinaron se celebrase una misa para implorar la protección divina en el proseguimiento de su empresa, y para consagrar aquella unión, debiendo comulgar los tres con la misma hostia. Así lo hicieron, siendo el celebrante el propio Luque.

Con los fondos facilitados por éste se habilitaron dos buques y dos canoas: y provistos de bastimentos y de armas, y llevando consigo á un hábil piloto llamado Bartolomé Ruiz, se hicieron á la mar Pizarro y Almagro, y emprendieron el mismo rumbo que anteriormente habían llevado.

En este segundo viaje fueron más afortunados, merced á los reconocimientos practicados por Ruiz. Descubrieron la isla del Gallo, la bahía de San Mateo, la tierra de Coaque, y llegaron hasta la Punta de Pasaos, debajo del Ecuador. Tropezaron con indios procedentes de Tumba, al parecer mercaderes y con cierta civilización. Llevaban camisetas de algodón y lana, y adornos de oro y esmeraldas. Hicieron grandes ponderaciones de las riquezas de su país y de los tesoros y opulencia de la capital, que se llamaba el Cuzco.

Aun cuando este segundo viaje fué, como queda dicho, más feliz que el primero, no por esto dejaron de experimentar grandísimas penalidades, que en gracia de la brevedad he pasado por alto. Desde uno de los puntos en que tocaron hubo necesidad de que Almagro volviese á Panamá en busca de nuevos socorros, y ya había regresado con un refuerzo de 50 soldados que acababan de llegar de Castilla, y que se determinaron á seguirle, cuando habiendo tocado en la bahía de San Mateo dispusieron desembarcar allí. Pero aquellos naturales eran tan por extremo agrestes, que se consideró imposible, y sobre todo estéril la permanencia en aquel punto.

Al discutir sobre la determinación que deberían tomar, disintieron Almagro y Pizarro, y se acaloraron de tal manera, que

llegaron á injuriarse, amenazarse y echar mano á las armas. El Piloto Ruiz y otros pudieron separarlos, y consiguieron que se abrazasen. Pero este hecho, ligado con el anterior resentimiento de Pizarro, como que revela algo de repulsión latente en aquellas dos almas á pesar de su comunión con la misma hostia y de haber sido en otros tiempos inseparables amigos.

Vinieron por fin al común acuerdo de que Almagro volviese á Panamá en busca de nuevos socorros, y de que Pizarro se situase en la isla del Gallo, por parecerles esta situación la que más les convenía por entonces. Se embarcaron, y por el pronto se dirigieron todos á dicha isla.

El ánimo de aquel puñado de hombres estaba sobremanera decaído. Tantos meses de fatiga, de hambre y de enfermedades, de luchar inútilmente con un clima abrasador, con terrenos impenetrables, con salvajes y caribes que á ninguna comunicación se prestaban, con vientos contrarios, con los horribles temporales de los trópicos, sin la menor esperanza de encontrar las soñadas riquezas con que los iban seduciendo, habían quebrantado su primitivo entusiasmo. Y ahora, en vez de volverse á Panamá como ardientemente apetecían, quedaban recluídos en una isla desierta, pues la abandonaron los naturales al llegar los españoles, sin más perspectiva que la de volver á los trabajos pasados en cuanto regresara Almagro con los nuevos auxilios en cuya demanda iba á partir. La medida del sufrimiento parecía colmada; no podían aquellos aventureros refrenarse más, y se quejaban públicamente de sus jefes, acusándolos de obstinados y crueles.

Temiendo éstos que tales quejas llegasen á Panamá, donde producirían funesto efecto por lo adversa que les era allí la opinión, resolvieron que Almagro recogiera todas las cartas que se enviasen en sus buques; pero la sagacidad de los soldados burló esta precaución. Discurrieron dirigir al Gobernador un extenso memorial, exponiendo con vivos colores sus desastres, y rogando encarecidamente los llevasen á Panamá para libertarlos de una muerte segura. El escrito remataba con esta copla:

Pues, señor Gobernador,
Mírelo bien por entero,
Que allá va el recogedor
Y aquí queda el carnicero.

Colocaron el papel dentro de un ovillo de algodón, y así consiguieron que llegara á su destino.

El Gobernador, que ya no era Pedrarias, sino D. Pedro de los Ríos, se negó en absoluto á permitir que Almagro hiciese nuevos alistamientos, y envió dos buques para recoger á los soldados. Cuando llegaron fué tan grande la alegría de éstos, que unos á otros se abrazaban como si les hubieran devuelto la vida. Únicamente Pizarro aparecía contrariado, con tanto más motivo, cuanto que sus consocios le escribían prometiendo socorrerle muy pronto con armas y con gente.

En vista de la actitud de la que allí tenía, los reunió; les exhortó á no abandonarle, á proseguir la empresa de cuyo feliz éxito no debían dudar; empleó para alentarlos todo género de estímulos, y viendo que nada conseguía, tiró de la espada, trazó con ella una raya en el suelo de oriente á poniente, y extendiendo el brazo en dirección del Sur, les dijo: este es el camino de las penalidades; más por aquí se va al Perú á ser ricos; por allí al descanso, á Panamá; pero á ser pobres: escoged; y pasó la raya. Sólo trece le siguieron. Sus nombres los ha conservado la Historia como ejemplo de arrojo y de lealtad. Entre ellos figura el del piloto Ruiz.

El que mandaba la expedición no quiso dejar en la isla uno de los buques, según Pizarro le pedía. Por disposición de éste marchó también Ruiz para que Almagro pudiera utilizar sus servicios.

Momento supremo y triste el de la partida de casi todos aquellos aventureros, unidos hasta entonces con Pizarro. Allí quedaba tan insigne caudillo, en un islote desierto, en medio del Océano, con una docena de hombres, desfallecidos de hambre, faltos de todo auxilio, sin un miserable bote de que disponer. Y, sin embargo, con ánimo firme de conquistar un imperio. Con razón exclama admirado Prescott: «¿Qué se puede encontrar en las leyendas de caballería que á tal hecho sobrepuje?» Pizarro determinó abandonar aquella isla. Era de presumir que siendo ya tan pocos los españoles, volvieran los naturales y los exterminaran. Construyeron una balsa y se trasladaron á otra isla distante cinco ó seis leguas de la costa, y casi deshabitada, seguramente por sus malas condiciones higiénicas. Montuosa,

cubierta de cerradísimos bosques; nunca en ella penetraba el sol: nunca cesaba de llover: por todas partes manaba el agua; su humedad era insoportable; su aspecto horrible y tenebroso; mansión propia solamente, dice Quintana, de desesperados como ellos. Recurriendo á la Mitología le pusieron el gráfico nombre de Gorgona.

Tenían, sí, abundante caza y no les faltaba pesca; pero las exhalaciones maléficas de aquel suelo, al paso que quebrantaban su salud, producían insoportable plaga de insectos venenosos. Aquella situación angustiosa, aquella soledad solemne que los reconcentraba en sí mismos, exaltaron sus sentimientos religiosos. Santificaban todas las fiestas: tenían cuenta de los viernes y domingos; por las mañanas dirigían sus preces á Dios: por las tardes decían la salve y otras oraciones. Así pasaron día tras día; esperando por instantes los socorros prometidos. Sus miradas se fijaban de continuo en el horizonte, anhelosos de descubrir alguna vela que reanimara sus esperanzas: inútilmente; siempre la soledad: siempre desnudas de todo vestigio humano las aguas de aquel mar sin confines que por todas partes los rodeaba. Únicamente por el lado oriental quebraba la monotonía del horizonte una línea prolongadísima de fuego. Era la reverberación del sol en la eterna nieve, corona inmortal de la gigante cadena de los Andes. Así transcurrieron siete meses: ya la desesperación iba embargando sus ánimos, creyéndose para siempre abandonados.

Llegó por fin el término de su angustia. Hubo un día en que las velas de un buque aparecieron en el horizonte. Era el leal y noble piloto Bartolomé Ruiz; pero sin ningún refuerzo: sólo con los marineros indispensables para la maniobra.

Todo el tiempo transcurrido lo habían empleado Almagro y Luque en vencer la tenacidad del Gobernador, inflexible en no permitir auxilio alguno para Pizarro y sus compañeros, á quienes calificaba de obstinados rebeldes.

Con el sentimiento de dejar dos enfermos en Gorgona al cuidado de unos indios que habían encontrado allí y de quienes eran amigos, se apresuraron á embarcarse, y después de veintiún días de navegación, cuyos accidentes omito, llegaron á Túmbez. Allí fueron afablemente recibidos y agasajados, siendo

indescriptible la admiración que mutuamente se produjeron: los unos por encontrar al fin gentes civilizadas en aquella parte del mundo donde sólo salvajes, más ó menos indómitos, habían hallado hasta entonces: los otros por el asombro que les causaban seres tan superiores, de poder tan irresistible y de civilización tan adelantada.

Pudo ya cerciorarse Pizarro de que allí existía una nación opulenta; mas quiso obtener todavía mayores datos y siguió con tal fin reconociendo la costa. De esta expedición me bastará decir que observó en ella muy hábil y acertada política, tratando á los habitantes con cariño y desprendimiento. Su gente, fiel á las prevenciones que le hizo, de nada se apoderó; nada quiso admitir; dejando, por lo tanto, en aquella costa muy favorable concepto.

Vueltos á Panamá, no sin recoger antes en Gorgona uno de los enfermos, ya curado, pues el otro había fallecido, encontraron al Gobernador y á los colonos en la misma actitud de siempre. Las favorables noticias que ahora llevaban de su interesante descubrimiento no movieron á nadie á prestarles auxilio para la conquista que Pizarro proyectaba. El Gobernador se lo negó en absoluto. Pensaría que empresa de tal magnitud requería mayores medios que los allí disponibles.

Resolvieron, pues, los tres socios acudir al Rey. Para ello se designó á Pizarro, por empeño de Almagro y contra el parecer de Luque. Este, conocedor del corazón humano y del carácter de sus dos amigos, deseaba que fueran juntos ó que desempeñara la comisión una tercera persona. «Plegue á Dios, les dijo, que no os hurtéis uno á otro la bendición, como Jacob á Essaú.»

Les fué muy difícil la adquisición de fondos para el viaje. Sólo pudieron reunir como 1.500 pesos. Por fin Pizarro, acompañado de Pedro Candia, griego de nación, y uno de los trece de la isla de Gallo, y llevando consigo algunos indios vestidos á su usanza, dos ó tres llamas y varios objetos curiosos del país, se embarcó en el puerto llamado *Nombre de Dios* en la primavera de 1528. Llegó en el verano á Sevilla y trasladóse desde luego á Toledo, donde fué recibido por el Rey y donde le hemos dejado exponiendo ante la corte los hechos que acabo de narrar. Pero aquí no están sino indicados. Expuestos por él con pormenores inte-

resantes y con el conmovedor acento propio de quien los había ejecutado, debieron producir maravilloso efecto.

«Todos escuchaban, dice Prescott, todos escuchaban con interés sumo, la historia de sus extraordinarias aventuras por mar y tierra, sus incursiones en los bosques ó en los tristes y pestíferos pantanos de la costa, sin alimento, casi sin vestido, con los pies destrozados y sangrientos á cada paso que daban, disminuído el número de sus pocos compañeros por las enfermedades y la muerte, y, sin embargo, siguiendo sus planes con valor invencible para extender el imperio de Castilla, y el nombre y el poder de su soberano. Pero cuando pintó su situación solitaria en la triste isla, abandonado por el Gobierno y por todo el mundo, menos por un puñado de compañeros consagrados enteramente á él, arrancó lágrimas—empresa no muy fácil—á su regio auditorio.»

Pizarro fué nombrado, por vida, gobernador y capitán general de doscientas leguas de costa en la Nueva Castilla, nombre que se dió entonces al Perú. Obtuvo, además, el título de adelantado, y el alguacilazgo mayor de la tierra, dignidades ambas que había quedado en procurar para Almagro. Este fué nombrado comandante de la fortaleza de Túmbez.

Pizarro se comprometió á levantar en el término de seis meses una fuerza de doscientos cincuenta hombres bien equipados, ciento de los cuales podía sacar de las colonias. Se obligaba también á emprender la expedición á los seis meses de su vuelta á Panamá.

Para la compra de artillería y pertrechos militares le facilitó el Gobierno algunos fondos, pero insuficientes, y Pizarro se vió apuradísimo para reunir los que necesitaba. Se cree que Hernán Cortés, amigo, y según algunos pariente suyo, se mostró con él generoso en este particular, como lo fué también en los consejos que le dió, fruto de su valiosa experiencia. Por lo cual, sin duda, en la capitulación entre el Gobierno y Pizarro, que se firmó el 26 de Julio de 1529, procuró éste precaverse contra la ingratitud de que se lamentaba Cortés.

No menos apurado que para reunir fondos se vió para reclutar gente. Aterraba la idea de los trabajos que les esperaban. Si los arrostrados hasta entonces habían sido sólo para cerciorarse

de la situación del Perú, ¿cuáles no habría que soportar para la conquista de tan gran Imperio? Quizá se recordaría también el horrible fracaso de la ostentosa expedición de Pedrarias. Una cosa era sentirse enardecidos con los hechos extraordinarios de Pizarro, y otra muy distinta acompañarle á ejecutarlos. Cuando llega el momento de la prueba se toca el verdadero valor de ciertos entusiasmos populares.

Pizarro estuvo en Trujillo, donde se le reunieron cuatro hermanos que tenía. Sólo uno, Hernando, era legítimo, y por esta circunstancia y la de ser el mayor ejercía cierta influencia sobre los demás; desgraciadamente hasta sobre el mismo que enaltecía su apellido. Era alto, de imponente presencia, arrojado y dispuesto; de facciones poco agradables, casi repulsivas, con la triste circunstancia de cumplirse en este caso lo de ser ellas el espejo del alma.

Por fin, vencidas las principales dificultades, se dió la expedición á la vela, en Enero de 1530, y llegó felizmente á Nombre de Dios. Grandísima fué la indignación de Almagro y de sus amigos al enterarse de que todos los cargos de importancia se habían acumulado en Pizarro, no dándole á él sino sólo uno de escaso valor, no proporcionado á lo que por sus trabajos y penalidades merecía. Surgió entre ambos profunda disidencia, que envenenó Hernando Pizarro, quien lejos de guardar á Almagro las consideraciones debidas, hasta con desdén le trataba. La cuestión, á pesar del carácter noble y generoso de Almagro, estuvo á punto de producir serios conflictos. Gracias á la mediación de Luque y del licenciado Espinosa, se celebró una reconciliación, ofreciendo Pizarro ceder á su rival el empleo de adelantado, y solicitar del Monarca que confirmara esta cesión.

No pudieron en Panamá completar la fuerza estipulada. Sabido es que allí eran opuestos á tales empresas. Sólo consiguieron reunir 180 hombres con 27 caballos, si bien mejor provistos que en otras ocasiones.

Después de bendecir el estandarte real y la bandera, y de una comunión general, salió Pizarro de dicho puerto en Enero de 1531, es decir, al año de su partida de España. Almagro quedó allí, como de costumbre, para ir reuniendo refuerzos.

Á los trece días de navegación fondearon en el puerto de San Mateo, un grado al Norte del Ecuador. Desde allí emprendieron la marcha por tierra, reproduciéndose las penalidades, los sufrimientos y las angustias que experimentaron en las marchas anteriores. La arena de la playa arremolinada y esparcida por el viento los cegaba, y los rayos de aquel sol abrasador caldeando las armaduras de hierro, agotaban las fuerzas de los soldados, que caían desmayados. Para mayor infortunio se vieron acometidos de una enfermedad epidémica de carácter singular. Consistía en berrugas horribles, de gran tamaño; se presentaban en todo el cuerpo, y si se las abría echaban tanta sangre que sucumbía el enfermo. Iban acompañadas de tal desfallecimiento, que los que se acostaban buenos, amanecían sin fuerzas para moverse. Fueron varios los que murieron de esta enfermedad.

Por otra parte, el favorable concepto que los españoles se captaron en la expedición anterior, y que se había extendido por todo el país, se desvaneció por completo con los excesos que ahora cometían. En su trabajosa marcha todo lo encontraban desierto. Los habitantes huían al saber su aproximación. Este abandono, la falta de recursos consiguiente, los penosos trabajos ya indicados y las enfermedades de que se veían acometidos, de tal modo abatieron el ánimo de los soldados, que todos renegaban de la expedición, y maldecían la hora en que salieron de Panamá.

Por fortuna recibieron en Puerto Viejo un refuerzo de 30 hombres al mando de un oficial llamado Belalcázar, y como el afán de Pizarro era llegar cuanto antes á Túmbez, punto que él llamaba la puerta del Perú, se trasladó á la isla de Puna, muy cerca de aquella población. Allí se le incorporó otro refuerzo compuesto de cien voluntarios y algunos caballos. Iba á su frente el capitán Hernando de Soto, uno de los oficiales más distinguidos de los que pasaron en aquella época al continente americano. Adquirió después gran celebridad con el descubrimiento del río Mississipí.

Con estos refuerzos consideró Pizarro que estaba ya en condiciones de emprender la conquista proyectada, y más cuando supo que dos hijos del anterior Monarca se disputaban el trono, y habían encendido la guerra civil en el Imperio.

Se acerca, pues, el momento crítico de comenzar su conquista. Habían transcurrido veinte años desde que Vasco Núñez de Balboa tuvo, en el de 1511, vagas noticias de su existencia. Ya hemos visto los arduos trabajos á que desde aquel instante se entregó para descubrir tan opulento país. Á los seis años, en 1517, fué decapitado Balboa. Siete después, en 1524, salió de Panamá la primera expedición de Pizarro. La última, como acabamos de ver, en Enero de 1531. No pudo ser más triste, más accidentada, ni más laboriosa la empresa de descubrir el Perú. Murió Balboa en un cadalso, por haberla intentado, y después se necesitó, para llevarla á cabo, la perseverancia, la intrepidez, la fibra de un hombre del temple y la resolución de Pizarro. Siete años estuvo luchando con las iras del mar, con los obstáculos insuperables del terreno, con la ferocidad de los salvajes, con la tenaz y resuelta oposición de sus superiores, con la escasez de recursos, con las enfermedades, con el abandono, con la censura de las gentes, con el clamoreo del vulgo, y con la deserción de los que le seguían. Pasó por loco, por rebelde, por cruel, por temerario. Á todo consiguió sobreponerse. Asombran su fe, su constancia, su grandeza de ánimo, hasta su resistencia física.

Y téngase en cuenta que en la época á que hemos llegado, cuando va á dar comienzo la epopeya de la conquista, contaba ya más de cincuenta años. Dice Quintana que su carácter estaba, al parecer, exento de ambición y de osadía: que bien hallado con merecer la confianza de los gobernadores, ó no podía, ó no quería competir con ellos ni en honores, ni en fortuna, y que á pesar del gran crédito que alcanzaba con los soldados, los cuales iban siempre con él más confiados y alegres que con ningún otro jefe, estaba dormida su ambición. Entiendo yo que no era precisamente que durmiera, sino que el medio en que Pizarro vivía, era estrecho para ella. Su ambición estaba en consonancia con sus demás cualidades; participaba de su elevación y de su grandeza. Fuera la suya una de tantas ambiciones vulgares como las que ordinariamente vemos, y se hubiera estimulado con el oro, con los honores, con las fastuosas recompensas, anhelo de la vanidad y pasto de las almas comunes. Su ambición se agitaba en otra esfera; y no había encontrado nada

aun á la altura de su pensamiento. Lo encontró cuando enardecido con las hazañas de Cortés, llegó á su noticia que había en la región del Sur otro Imperio que conquistar. He aquí, debió decir para sí, he aquí una obra á la altura de mis alientos; mas para llevarla á cabo necesitaba adquirir y mantener una gran autoridad, medio único de realizar sus ideas, y he aquí seguramente el motivo de su pacto con el trono, y de su conducta no muy leal con su compañero Almagro. Su aspiración dominante y que por completo le embargaba, consistía en llevar al Perú la religión católica, el cetro de sus Reyes, el idioma y las costumbres de su patria, uniendo para siempre su nombre á una obra grandiosa y eternamente memorable.

Veamos cómo la llevó á cabo. Pero antes parece necesario el dar á conocer, aun cuando en términos brevísimos, el estado del Imperio de que se proponía apoderarse.

En él no dominaba la paz; al contrario, era la guerra su constante ocupación, de tal modo, que no se conservaba memoria de ningún reinado en que no la hubiera habido, si bien el interior del país gozaba siempre de tranquilidad. La lucha se tenía en las fronteras con las tribus salvajes, que iba sucesivamente dominando. Así se acrecentaba la extensión del Imperio: sistema idéntico al adoptado en tiempos posteriores por los Estados Unidos. Hacía como siete años que el inca Huayna-Capac había realizado una conquista de grandísima importancia: la del reino de Quito, el cual desde entonces formaba parte del Imperio del Perú. La capital de éste era el Cuzco, ciudad admirablemente situada, de extensión considerable, residencia de la corte, emporio de riqueza y asiento del gran templo del Sol. Cruzaban todo el país de Norte á Sur dos grandes vías militares: una por las tierras bajas y costa del Pacífico, la otra por la parte elevada, salvando abismos, atravesando ríos y penetrando montañas: obra notable por su atrevimiento y buena construcción. Había en diversas direcciones una red de caminos, y por todas partes fortalezas, almacenes para proveer al ejército y especie de cuarteles donde pernoctaba cuando se ponía en movimiento. En éste no se ofrecían dificultades, pues como la guerra estaba limitada á las fronteras, las jornadas de las tropas hasta llegar allí no eran sino tranquilos paseos militares.

El ejército, escaso en un principio, llegó á ser tan numeroso, que podía componerse hasta de 200.000 hombres. Se cree que todo peruano, en llegando á cierta edad, tenía el deber de ingresar en el ejército, si para ello se le llamaba. Se preferían para el alistamiento los naturales de algunas provincias, dotados de condiciones más propias que los de otras para el servicio militar.

El Inca mandaba en jefe el ejército, y era casi siempre quien lo dirigía en la guerra. Estaba dividido de una manera análoga á nuestros batallones y compañías, con sus banderas respectivas, sobre las cuales se desplegaba el estandarte imperial con el emblema de los Incas, el arco iris.

Sus armas ofensivas consistían en lanzas, dardos, espadas cortas, partesanas, hachas de combate, arcos y flechas, y por último, la honda, que manejaban con gran destreza. Las puntas de las flechas y de las lanzas eran, por lo común, de hueso; algunas veces de cobre.

Como armas defensivas empleaban el escudo y una túnica de algodón entretelada, y para la cabeza cascos de madera ó de pieles. Las clases elevadas los adornaban con metales, piedras preciosas y matizadas plumas. Los soldados llevaban el traje de sus provincias, y envueltas las cabezas con telas de colores que producían vistoso efecto.

Los jóvenes de la nobleza se educaban en la escuela militar, y practicaban ejercicios guerreros. Cuando eran aprobados desfilaban por delante del Inca y se iban arrodillando. Este les perforaba las orejas con una aguja de oro, la cual no se quitaban hasta que el tamaño de la abertura permitía la colocación de unos enormes pendientes. Los del Soberano eran tan pesados, que estiraban el cartílago hasta llegar casi á los hombros. Es claro que había en muchos nobles la aspiración de imitarlo, procurando la prolongación de las orejas. Los españoles, con tal motivo, les pusieron el mote de orejones.

Había dos órdenes de nobleza. Formaban la principal los descendientes de los Incas, y como éstos abusaban de la poligamia, tenían á veces hasta doscientos hijos. Esta nobleza era muy numerosa.

La otra orden estaba constituída por los Caciques de las na-

ciones conquistadas ó por sus descendientes. Á estos nobles los llamaban curacas.

No creo que aquellas fuerzas tuvieran lo que llamamos nosotros disciplina militar: tenían, sí, una de sus condiciones, la ciega obediencia. Esta era común á la nación entera en el más absoluto sentido de la palabra; tanto, que el Inca se complacía en asegurar que ni los pájaros volaban, ni las hojas de los árboles se movían sin su permiso. Pero tal condición por sí sola no es la disciplina militar. Esta requiere además otras varias nobilísimas cualidades, cuyo conjunto y feliz armonía constituyen ese dechado de valor, hidalguía y honradez, tipo legendario del verdadero militar.

El ejército y el pueblo se distinguían por su resignación para sufrir, y por su falta de empuje para acometer. Afrontaban la muerte sin inmutarse, con ánimo tranquilo; en ocasiones hasta se complacían en ella. Desde este punto de vista era admirable su valor; pero era un valor pasivo. Ó carecían, por consecuencia quizá de su estado político y civil, de todo apego á la vida, estimándola inferior al trabajo de luchar por ella, ó se consideraban débiles para esta lucha, ó tenían la vocación del martirio.

El país se hallaba entonces en un período histórico por el que han pasado todos los pueblos: el de estar sometidos, más ó menos humildemente, á una raza dominadora. Esta era allí la de los incas. El poder residía en ella, siendo el del Monarca completamente ilimitado. Todo lo absorbía él: de él emanaba todo. No se permitía de ninguna manera que esta raza se mezclara con la de los indios, y el exclusivismo era tal, que hasta dentro de la misma de los incas se llevaban las distinciones, por cuyo motivo el Inca por excelencia, el Monarca, el Hijo del Sol no se casaba sino con sus propias hermanas. Lo cual no era obstáculo para que tuviera hasta miles de concubinas. Á esto podían aspirar las mujeres de todas las castas. Bastaba que le agradasen al Inca. Además, había conventos de vírgenes consagradas al Sol, y eran consideradas como esposas del Inca. Cuando llegaban á la edad conveniente, se escogían las más hermosas y se llevaban al serrallo. De éste salían cuando el Monarca se cansaba de ellas; mas no para volver á su antigua reclusión, sino para vivir en sus casas, donde se las mantenía con mucho fausto,

por humilde que hubiera sido su origen, y eran respetadas como esposas del Inca. No se conocía el derecho de propiedad, y para los indios no había tampoco ningún otro derecho. Las leyes penales eran verdaderamente atroces, principalmente cuando se aplicaban á la raza dominada, y lo mismo en todo lo concerniente á la persona y á la autoridad del Monarca. Cuando alguna de las vírgenes de los monasterios faltaba á sus deberes, la ley disponía, no solamente que fuese enterrada viva, y su cómplice ahorcado, sino también que se diese muerte á la mujer de éste, á sus hijos y criados, á sus demás deudos y á todos los vecinos y moradores de su pueblo. Y ordenaba igualmente que el pueblo fuese destruído y se cubriese de piedra el sitio que había ocupado, el cual quedaba maldito para que nadie lo hollase.

Allí, como se ve, no había más sino el Inca y sus descendientes. Aquella sociedad parecía simbolizada en el espectáculo que nos ofrece una parte del bajo Egipto: unas cuantas pirámides colosales, y lo demás todo arena. Era una verdadera y completa esclavitud, si bien con la ventaja grandísima, para unos y otros, de que los esclavos se hallaban muy conformes con ella. Hay que reconocer en los incas, en vista de esta conformidad y del orden que habían logrado establecer, dotes especialísimas de mando para esta clase de gobiernos. Bien es verdad que, según dice Prescott, apoyándose en la importante obra del Dr. Morton sobre la craneología americana, los cráneos de la raza inca revelan una superioridad indudable sobre las demás razas del país en cuanto á la extensión de la inteligencia.

Para los nobles existía la poligamia. Los indios, en este particular, salían ganando: sólo podían tener una mujer.

Nunca se les permitía sobrepujar su humildísima condición. La máxima á que se ajustaban los monarcas, y que se transmitía de unos á otros, era, según textuales palabras de Garcilaso, la siguiente:

«No es lícito que se enseñen á los hijos de los plebeyos las ciencias que pertenecen á los generosos, y no más; porque como gente baja no se eleven y ensoberbezcan, y menoscaben y apoquen la república; bástales que aprendan los oficios de sus padres; que el mandar y gobernar no es de plebeyos, que es hacer agravio al oficio y á la república encomendársela á gente común.»

Han dicho algunos que el hombre moral era allí mejor que entre nosotros; pero no se deduce esto de la horrible pintura que el cronista militar Pedro Pizarro hace de la corrupción de los peruanos de aquel tiempo. Prescott se inclina á ver en ella alguna ponderación; mas no ha de ser mucho lo que se aparte de la verdad. La exagerada poligamia de los Incas, la que, á ejemplo suyo, exagerarían también los nobles; la espantosa pena instituída contra las vírgenes delincuentes, pena cuyo mismo rigor acusa la dificultad de corregir el delito; la existencia de monasterios de vírgenes como plantel de concubinas del Inca, y la vida suelta de las cesantes del serrallo, no son elementos muy propios para robustecer la moralidad. Ni tampoco lo son el sosiego de la vida y la blandura del trato. Las sociedades en que domina cierta especie de tranquilidad sibarítica, no se distinguen por su virtud. Sucede con ellas lo que con las aguas en calma: entran en corrupción por su falta de movimiento. El hombre ha nacido para estar en perpetua lucha, tanto con el medio en que vive, con la naturaleza, como consigo mismo y con los demás hombres. La virtud estriba, no en esquivar esta lucha, sino en ennoblecerla, haciendo que la sustentada con la naturaleza sea para penetrar sus arcanos, la del hombre consigo mismo para dominar sus pasiones, y la mantenida con los demás hombres para competir en los medios de fomentar el progreso y el bien de la humanidad.

En la época de la conquista del Perú por los españoles, objeto de la presente conferencia, ocupaba el trono imperial el inca Atahualpa. Su padre, Huayna-Capac, ambicioso y de gran talento, llevó sus huestes hasta más allá del Ecuador, conquistó el poderoso reino de Quito, lo agregó á su Imperio, que adquirió así grandísima extensión, introdujo muchas y notables mejoras y logró que en su reinado alcanzase el Perú su más brillante estado de civilización.

Esto acontecía cuando ya los castellanos, en sus primeras exploraciones, se habían dejado ver por las costas del Pacífico, como diez años antes de la muerte de Huayna-Capac, ocurrida en 1523. Es indudable, atendido el buen sistema de correos de aquel Imperio, que el Monarca debió tener prontas noticias de la aparición en él de aquellos hombres extraños, de formidable

poder, y dueños de elementos que los incas desconocían. La novedad le impresionó mucho y mostróse temeroso de que andando el tiempo fuesen estos hombres los destructores del Imperio. Esta especie de presentimiento se fué acentuando en él á medida que se acercaba el término de su vida. Cuando estuvo ya á punto de abandonarla, hizo que se reunieran en torno de su lecho los magnates del Imperio y les dirigió las siguientes palabras: Las copio á la letra de los famosos comentarios escritos por el inca Garcilaso de la Vega. «Mucho ha, les dijo, que por revelación de nuestro padre el Sol tenemos, que pasados doce reyes de sus hijos, vendrá gente nueva, y no conocida en estas partes, y ganará y sujetará á su Imperio todos nuestros reinos y otros muchos. Yo me sospecho que serán de los que sabemos que han andado por la costa de nuestro mar: será gente valerosa que en todo os hará ventaja. También sabemos que se cumple en mí el número de los doce Incas. Certifícoos que pocos años después que yo me haya ido de vosotros vendrá aquella gente nueva y cumplirá lo que nuestro padre el Sol nos ha dicho, y ganará nuestro Imperio y serán señores de él. Yo os mando que les obedezcáis y sirváis como á hombres que en todo os harán ventaja: que su ley será mejor que la nuestra, y sus armas poderosas é invencibles más que las vuestras. Quedaos en paz que yo me voy á descansar con mi padre el Sol que me llama.»

Palabras son éstas que no carecen de natural explicación. A pesar de que no tenemos de las leyes morales que rigen la marcha de la humanidad ni siquiera el ligero conocimiento que se ha llegado á adquirir de las leyes físicas que rigen la materia, parece indudable que los pueblos deben tener el presentimiento de su destrucción, como tienen el de las revoluciones. Los peruanos, por efecto de su gran ignorancia, eran sobremanera supersticiosos. Ya desde tres años antes de la primera aparición de los aventureros se había acentuado en ellos este invencible sentimiento. Los mágicos y adivinos que se ocupaban en interpretar la significación de cuantos hechos ocurrían comenzaron á ver malos agüeros en el vuelo de los pájaros, en los cercos de la luna, en los cometas, en los terremotos, en los truenos y rayos, y hasta en el movimiento de las mareas.

Añádase á esto la extraordinaria impresión que debió producir en los indios de la costa la presencia de los españoles. Aquellos hombres fornidos y varoniles, sus armaduras de hierro, sus brillantes y pesados cascos, sus espadas de acero, los buques en que navegaban, los caballos con que devoraban las distancias y cuya acometida era irresistible, y las armas de fuego productoras de rayos, hubieron de causarles un espanto y consternación, de que difícilmente nos podemos formar idea. Transmitida esta impresión de boca en boca, y agigantándose al pasar de unos á otros, es consiguiente que al llegar al centro del Imperio produjese un pánico general, considerando ya próxima la hora de su destrucción, pronosticada, según decían, por un oráculo antiguo.

Huayna-Capac, preocupado y receloso con tales novedades, no quiso proseguir sus conquistas. Prefirió estar á la mira de los sucesos, consagrarse á gobernar en paz y á nutrir su ejército con gente veterana. A la vez dispuso que se hicieran muchos sacrificios al Sol. De esta manera continuó reinando ocho años, hasta que falleció, como se deja dicho, en el de 1523.

En estos ocho años debió calmarse algo la inquietud de los peruanos ante el hecho de no haberse vuelto á presentar aquellos seres superiores, pues, como ya hemos visto, la primera expedición de Pizarro no se verificó hasta el mes de Noviembre de 1524.

Pero esta tregua, si pudo calmar la inquietud del pueblo, juguete siempre de las impresiones del momento, no debió tranquilizar el ánimo del Inca. Era hombre sagaz, previsor, y de clara inteligencia. Algo debía alcanzársele de la perpetua movilidad de las cosas humanas, y de la escasa consistencia de la organización de su país. Si á más tuvo en sus últimos instantes alguna de esas ráfagas luminosas que esclarecen en ocasiones la inteligencia de los moribundos, nada tienen de inverosímiles las proféticas palabras de que nos habla Garcilaso.

Mas como ejemplo de la flaqueza de la razón humana, vióse entonces que este mismo Inca, vaticinador de la ruina de su Imperio y que tantas precauciones tomaba para conjurarla, este mismo Soberano tan deseoso de la paz y de evitar catástrofes en su reino, dejaba al morir funestísimo legado á su patria; una causa poderosa de destrucción, el gérmen de la guerra civil.

Huayna-Capac, como ya se ha dicho, había conquistado el reino de Quito, que rivalizaba en poder y riqueza con el Perú, y lo había agregado al Imperio. Al morir, dispuso la división de ambos países. Al hijo legítimo le adjudicó el Perú. A otro, por quien tenía preferencia, habido con una hija del Rey vencido, que murió de dolor al verse despojado de su reino, le adjudicó su nueva adquisición, el reino de Quito. El primero se llamaba Huascar; el segundo, Atahualpa. Aquél, algo mayor que éste, era pacífico, bueno, de noble y generoso carácter y fiel cumplidor de la voluntad de su padre. Lo contrario sucedía á Atahualpa; era inquieto, astuto, belicoso, pérfido y cruel.

Durante cuatro ó cinco años permanecieron en paz; pero al cabo de este tiempo, y por causas no bien averiguadas, se encendió entre ambos encarnizada lucha. Atahualpa, ó Atabalipa, como le llaman algunos historiadores, había hecho la guerra al lado de su padre, era popular en el ejército, donde contaba con muchos soldados casi encanecidos en el servicio militar, y con dos generales de gran prestigio, Quizquiz y Challenchina, por cuyos motivos llevó casi siempre la ventaja. Pero se le atribuían enormes atrocidades. Algunas de ellas lo son tanto, que no es dable admitirlas sin testimonios irrecusables. Se halla en este caso la de haber hecho asesinar á todos los descendientes de los Incas, para que nadie pudiera disputarle el trono. Mas no es preciso dar asenso á tal iniquidad para calificarlo de cruel; bastan sus actos durante la campaña contra su hermano. Uno de los más señalados fué la destrucción del pueblo de Cañares. Lo arrasó hasta los cimientos, pasó á cuchillo á todos los habitantes, sin excepción de sexo ni edad, y lo mismo hizo en todo aquel distrito. Con el terror que tamañas atrocidades produjeron, todas las poblaciones se le fueron entregando, y siguió sin obstáculo su movimiento hacia el Sur, hasta llegar á Caxamalca. Allí se detuvo, y quedándose con fuerza de alguna importancia, mandó el grueso de ella hacia el Cuzco con sus dos generales. Éstos llegaron á poca distancia de la capital. Allí se encontraron ambos ejércitos, y trabaron encarnizada lucha, que duró todo un día. El campo quedó cubierto de miles de cadáveres; la victoria se declaró por los de Quito, y el inca Huascar fué hecho prisionero.

Atahualpa recibió en Cajamalca la noticia del triunfo. Dispuso que su hermano quedase custodiado con los miramientos debidos en la fortaleza de Jauja, y entonces fué cuando, según cuenta Garcilaso, aunque otros historiadores no lo aceptan, llevó á cabo el hecho ya citado, de reunir en el Cuzco, bajo el pretexto de tratar de la división del Imperio entre los dos hermanos, á todos los nobles incas, y entregarlos á la soldadesca para que los exterminase.

Pero volvamos á Pizarro. Dijimos antes que habiéndosele incorporado en la isla de Puna el valeroso y entendido capitán Hernando de Soto con 100 voluntarios y algunos caballos, se consideró ya en el caso de emprender la conquista del Imperio.

Desembarcó en Túmbez, no sin la pérdida de tres hombres que los indios pudieron coger de sorpresa, y que mataron en un bosque inmediato. Vió intranquilo que aquella población, donde antes había sido tan agasajado, estaba desierta y casi destruída. Este espectáculo desanimó algo á las tropas. Pudieron apoderarse de algunos fugitivos, entre los cuales se hallaba el curaca ó jefe de Túmbez, y por él se enteraron de que la ruina de este pueblo era consecuencia de la guerra que habían sostenido con las tribus feroces de Puna, pues éstos y ellos militaban en opuestos bandos en la guerra civil que destrozaba el Imperio.

Pizarro no quiso permanecer ocioso. Su primera diligencia fué reconocer el país inmediato como precaución indispensable antes de internarse en él. Salió Hernando de Soto con un pequeño destacamento á explorar las faldas de la Sierra, y Pizarro con la demás fuerza, después de dejar en Túmbez los enfermos y los menos válidos para las fatigas de la campaña, se encaminó por la región más llana hacia el interior del país. Emprendió estas operaciones á principios de Mayo de 1532.

Comprendiendo cuánto le interesaba que los habitantes no se levantaran contra ellos, prohibió, dictando medidas severísimas, el que sus tropas cometieran ningún desmán.

Como á 30 leguas al Sur de Túmbez encontró el rico valle de Tangarala, cuyas condiciones le parecieron excelentes para establecer una colonia que fuese á la vez base de operaciones y punto de refugio en caso necesario.

Sin perder tiempo se trasladaron allí los que habían quedado en Túmbez, y se dió principio á la construcción del pueblo, al que se le llamó San Miguel.

En esta visita por el país fué cuando se enteró Pizarro del resultado que había tenido la lucha entre los dos Incas hermanos, y de que el vencedor se hallaba con su ejército no lejos de San Miguel, á solo diez ó doce días de marcha.

Conoció Pizarro la necesidad en que estaba de aumentar algo la escasísima fuerza de que disponía, y esto le hizo retardar el comienzo de la expedición; pero iba transcurriendo el tiempo, y ni llegaban refuerzos, ni recibía noticia alguna de sus consocios.

Hacía ya cinco meses que habían desembarcado en Túmbez. Esta inacción le contrariaba en extremo por parecerle peligrosa. Era ocasionada al decaimiento de ánimo del soldado, á la postración de sus fuerzas bajo la acción enervante del clima y de la quietud, á que dudaran de la resolución y arrojo de su capitán, suponiéndole encadenado por la desconfianza del éxito, y á que hasta los naturales del país le creyeran atemorizado por las fuerzas imponentes, y no muy lejanas, de su victorioso Emperador. Decidió, por lo tanto, no detenerse más: dispuso dejar en San Miguel una pequeña guarnición; encargó á ésta encarecidamente se esmeraran por captarse la amistad de los indios, pues de ello dependía la seguridad de tan importante punto, abrigo, en caso de algún revés, de las tropas expedicionarias, y el 24 de Septiembre de 1532 se puso en marcha al frente de 100 infantes y 77 caballos. Entre los infantes sólo había tres arcabuceros y unos 17 ballesteros.

¡Qué diferencia entre esta marcha y las que habían hecho otras veces por terrenos intransitables y luchando con salvajes! Atravesaban ahora un país encantador y esmeradamente cultivado. Innumerables y tranquilos arroyos serpenteaban por todas partes, y unidos por canales y regatas formaban espesa red, refrescando el ambiente y fertilizando el terreno. Árboles frondosos, plantas y arbustos aromáticos y deliciosas huertas festoneaban el camino y hermoseaban sus contornos. A esto se unía la noble hospitalidad con que los españoles eran por todas partes recibidos. Bien es verdad que ellos se conducían con mode-

ración y gran comedimiento; gracias á las órdenes severas, y á las recomendaciones encarecidísimas de Pizarro. En todos los pueblos de mediana importancia encontraban alguna fortaleza ó posada real, paradero de los Incas. En sus salones hallaban las tropas cómodo alojamiento, y en sus almacenes los víveres necesarios. Pero todos estos atractivos no bastaban á calmar la inquietud que en algunos producía la temeridad de la empresa. Por el contrario, todo aquello, demostrativo de una civilización adelantada, les hacía ver que iban á combatir no con hordas salvajes, faltas de consistencia y organización, sino con fuerzas disciplinadas é instruídas, con ejércitos numerosos, propios de un país civilizado.

Observó Pizarro en la marcha estos síntomas de desaliento, y se propuso dominarlos. Para ello adoptó una resolución extraordinaria, propia de su gran carácter; demostrativa, por sí sola, de su entereza y de la sagacidad y conocimiento del corazón humano que tanto le distinguían.

Con el pretexto de pasar una revista á su pequeña falange hizo un alto á los cinco días de su salida de San Miguel, y reuniendo á sus soldados les dijo, que la empresa acometida había llegado ya á una situación crítica en que se necesitaban para proseguirla, fe absoluta en el éxito, ánimos entusiastas, y heroica resolución. Que si alguno de ellos vacilaba, dudoso del resultado, no era tarde para retirarse. Que dė todas maneras la guarnición dejada en San Miguel era corta, y convenía reforzarla; que los que quisieran volverse podían efectuarlo desde luego, y tendrían derecho á la misma cantidad de tierras y vasallos que los repartidos á los nuevos pobladores: que él, por su parte, fuesen pocos ó fuesen muchos los que tuvieran valor para seguirle, proseguiría su empresa hasta llevarla á cabo. Sólo se volvieron cuatro infantes y cinco jinetes.

Con tan arriesgada y sagaz determinación centuplicó Pizarro el empuje de su reducida hueste; la dominó en absoluto, y convirtió en un héroe á cada uno de sus soldados.

Prosiguieron la marcha, y llegaron por fin al pie de los Andes, habiendo recibido en el trayecto noticias muy contradictorias sobre la situación del Inca y las fuerzas de su ejército. Por el punto en que se detuvieron atravesaba un camino en direc-

ción del Sur, que iba á parar al Cuzco. Algunos opinaron que era preferible seguirle á penetrar en los Andes, que presentaban para su travesía dificultades enormes. Pizarro se negó á ello resueltamente. Hay que buscar al Inca, les dijo, por el camino más corto; por donde demostremos mayor atrevimiento y osadía. Lo contrario pudiera atribuirse á temor, y nuestra principal fuerza consiste en inspirarlo, en asombrar con nuestro arrojo, en que vean que no hay obstáculos que nos detengan, en que nos consideren invencibles.

Se emprendió, pues, la subida de los Andes. Iba á la cabeza Pizarro con 40 caballos y 60 infantes. La demás fuerza, mandada por su hermano Hernando, debía seguirle cuando así se le ordenara. Los obstáculos del camino superaban á cuanto pudiera imaginarse. Estrechísimas sendas, formadas unas veces por escalones hechos en la piedra, bordeando otras peñascos salientes suspendidos sobre abismos, apenas permitían el paso de un hombre, y con suma dificultad el de los caballos cogidos del diestro. Atónitos subían los españoles, sin comprender cómo los indios no defendían aquellas angosturas. Unos cuantos, apostados en ciertos sitios, sólo con piedras los hubieran exterminado. Y su asombro subió de punto cuando encontraron en dos parajes del camino, y muy bien situados para impedir su paso, dos grandes fuertes de piedra. En uno de ellos se detuvo Pizarro; avisó á Hernando que le siguiera, prosiguió la marcha y llegó al otro fuerte, en el cual pasaron la noche. Al amanecer del siguiente día, y sin esperar á su hermano, comenzó á trepar de nuevo por aquellos precipicios. El clima y la vegetación cambiaban por momentos. Se sentían ateridos de frío: las plantas iban siendo raquíticas. En las soledades de aquella áspera naturaleza sólo se descubría «de cuando en cuando—dice Prescott—la ágil vicuña, en su estado de libertad natural, mirando hacia abajo, desde encumbrado pico, á donde no se atrevía á acercarse el cazador. Y en lugar de los brillantes pájaros que amenizaban la obscuridad de los bosques de los trópicos, los aventureros no veían ahora más que el ave gigantesca de los andes, el condor, que cerniéndose en los aires á una elevación inmensa, seguía con melancólicos gritos la marcha del ejército, como si el instinto le guiara por el sendero de la sangre y de la carniceria.»

Alcanzaron, tras penosísima marcha, la cumbre de la cordillera. Se extiende allí árida y dilatadísima llanura, cubierta de una hierba amarilla, semejante al esparto, llamada pajonal, que matiza también la base de elevadas rocas cubiertas de nieve. Cuando los rayos del sol las iluminan, reverberando en la hierba y en la nieve, parecen desde lejos—dice Prescott—pináculos de plata engarzados en oro.

En aquellas alturas, y estando ya reunidos los dos hermanos, recibió Pizarro una embajada del Inca. Entonces supo que éste, con alguna fuerza, se hallaba á la inmediación de Cajamalca. El enviado hizo jactancioso alarde del poder de su soberano y de sus proezas militares. Por su parte Pizarro, ajustándose á la política por él siempre observada de abrumar á los indios con la manifestación de su inmensa superioridad, contestó al enviado que le era muy satisfactoria la noticia de los triunfos de Atahualpa, el cual se había elevado á gran altura sobre los guerreros indios; pero que todo era pequeño; que nada podía compararse con el poder y grandeza del Monarca español. Se hallaba éste, le dijo, tan por encima del Inca, como lo estaba el Inca sobre el último de los Curacas. Añadió que había ido á aquel país llamado por la fama de Atahualpa y para atravesar las tierras hasta el otro mar; pero que si el Inca lo recibía con el mismo espíritu de amistad que á él le animaba, no tenía reparo en detenerse allí por algún tiempo y aun ayudarle en sus campañas.

Al amanecer del día siguiente volvieron los españoles á emprender la marcha. Dos días emplearon en atravesar aquellas elevadas gargantas. Después comenzó la bajada, en que encontraron no menos dificultades que al subir, á pesar de que allí los Andes no son tan abruptos por la parte de Oriente como por la occidental. Al séptimo día avistaron el valle de Cajamalca.

Las noticias que en el camino fueron recibiendo, y sus mensajeros confirmaban, eran poco tranquilizadoras respecto de las intenciones del Inca. Sospechábase, con fundamento, que éstas consistían en inspirarles gran confianza, llevándolos engañados hacia el núcleo de sus fuerzas, donde, abrumados por el número, podrían ser cogidos y exterminados.

Séame permitido, antes de llegar al hecho culminante y deci-

sivo de una empresa que parece fabulosa, hacer algunas reflexiones sobre la marcha de que vengo hablando, y asimismo sobre los pensamientos que debían abrigar Pizarro y Atahualpa. Y digo que debían, porque no habiendo quedado ningún documento revelador de los móviles secretos de sus actos, hay que buscar su generación en el carácter de ambos jefes, en sus antecedentes y en las circunstancias en que se encontraron.

La determinación de Pizarro de emprender la marcha á través de los Andes, con preferencia á seguir el camino de la llanura, y el hecho de la marcha en sí misma, erizada de dificultades inmensas y de incesantes peligros, en nada son inferiores, antes, en cierto modo, superan á su famosa resolución en la isla de Gallo, cuando trazó la raya en la arena; á su estancia y aislamiento en la Gorgona, y á la intimación que hizo á sus soldados, á los cinco días de salir de San Miguel, á fin de que se volvieran los faltos de arrojo para seguirle. Cada uno de estos actos basta para ilustrar á un caudillo. Pizarro los repetía con la naturalidad y la decisión de quien siente en sí mismo, en todos los momentos de su vida, el aliento y la abnegación de los héroes. Lanzarse con menos de 200 hombres, á través de una de las cordilleras más escabrosas del mundo, para encontrar al otro lado un ejército enemigo, organizado y en armas, de más de 30.000 hombres, con el Monarca, guerrero acreditado, á su cabeza, y con el prestigio de recientes y decisivas victorias, es un hecho de tal naturaleza que eclipsa cuanto puede concebirse en actos de temeridad.

Pizarro comprendía que, dada la fuerza moral con que los españoles contaban, el éxito de su intrepidez dependía de la exageración de esta misma intrepidez, revistiéndola de carácter sobrenatural que asombrara y consternase á los indios, dejándolos sorprendidos y paralizados bajo la doble acción de un arrojo inconcebible, y de la superstición á que eran dados, y que este arrojo debía despertar en ellos.

Probablemente al verificar esta inaudita marcha, y según fué recibiendo noticias de la falsa actitud del Inca, formó el plan que debía seguir, y á cuya adopción le incitaban el ejemplo de lo acontecido á Hernán Cortés, y acaso los consejos que éste le diera en España.

Además, el conocimiento que debió adquirir durante la estancia en San Miguel, de la organización del Imperio peruano, completamente autoritaria; donde nada había que no estuviera concentrado en el Inca; personificación exclusiva de la religión, de la patria, del ejército y de todos los elementos sociales, le hubo de persuadir de que el éxito de su empresa consistía en apoderarse del Inca.

Y, formado este plan, se decidió á no perdonar medio alguno para realizarlo. Había ofrecido al Emperador Carlos V, con tanta seguridad como si lo tuviera en la mano, el Imperio del Perú, y necesitaba cumplir su compromiso, ó perecer en la demanda. Por otra parte, aquel grupo de valientes, consagrados á él sin vacilación alguna, y que, llenos de confianza en su genio, todo lo arrostraban por seguirle, merecía, y así lo entendía él, alguna muestra de su gratitud. Y este sentimiento pudo impulsarle á comprometer su reputación ante la Historia, en holocausto de la salvación de sus compañeros.

Las intenciones del Inca, y de ellas dieron aviso á Pizarro, quien de todos modos debiera suponerlas porque eran naturales y lógicas, consistían en apoderarse de los aventureros, conduciéndolos á una celada donde fuera más fácil su captura. Tenía grandísima confianza en la inmensa superioridad de su ejército, y por esto no se ocupó, seguramente, en impedir á aquéllos su temeraria marcha. Por otra parte, hacía ya nueve años que había muerto Huayna-Capac, y deberían estar casi borradas de la memoria de su hijo las tristes predicciones que al fallecer salieron de sus labios sobre la destrucción del Imperio. Y á este olvido pudo contribuir el haber pasado ya largo tiempo sin nueva aparición en las costas de los extraños aventureros. Acababan otra vez de presentarse; pero su escasa fuerza demostraba que no sería muy grande el poder de su Monarca cuando en tantos años no había logrado organizar una expedición más numerosa. Además, los indios se habían convencido ya de que aquellos hombres no eran hijos del Sol, sino mortales como ellos, con sus mismas pasiones y sus mismas flaquezas; que no les aventajaban en agilidad ni en esfuerzo, y que su extraordinaria superioridad dependía exclusivamente de sus armas y de sus caballos. En cambio, el inca Atahualpa se hallaba

en la cumbre de su poder y de su gloria, obscureciendo á todos sus antepasados. Disponía de ejércitos numerosos y aguerridos, y de hábiles y expertos generales. Él mismo había combatido al lado de su animoso y experimentado padre, y dado pruebas, entonces y después, de su pericia militar. Acababa de derrotar y hacer prisionero á su hermano Huascar. No había ya quien le disputara la corona: dominaba sin obstáculo alguno en Quito y en el Perú, y contaba con elementos sobrados para seguir aumentando su territorio con nuevas conquistas, reanudando así, después de varios años de interrupción, la política tradicional de los Incas. Si en tal estado de cosas consiguiera apoderarse por cualquier medio de las armas y caballos de los españoles, contaría con este nuevo y potentísimo elemento de guerra, y sus conquistas serían tan grandes y tan rápidas, como ninguno de sus antepasados hubiera podido soñar. Estas esperanzas nada tenían de ilusorias, y eran muy propias de un hombre de su desmedida ambición, que por satisfacer su afán de mando y de poder no reparaba en medios, por crueles y por odiosos que fueran. Tal vez en algunos momentos, pasajeros como relámpagos, allá, en las profundidades de su conciencia, una voz misteriosa le diría: «Tiembla; faltan muy pocas horas para que se cumpla la predicción de tu padre.»

Ya he manifestado que los españoles descubrieron el valle de Cajamalca. Era grande, pintoresco, y estaba cultivado y cubierto de espléndida vegetación. Como á una legua de distancia se elevaban columnas de vapor, producidas por aguas termales, muy frecuentadas por los soberanos del Perú. En el declive de las colinas, en una extensión de varias millas, se descubrían, perfectamente ordenadas, blancas tiendas de campaña, señales del campamento de un ejército numeroso.

Pizarro ordenó su gente; la distribuyó en tres divisiones, y avanzó con lentitud por los declives que conducían á Cajamalca. Llegó; nadie se presentó á recibirle; ningún ruido revelaba que estuviesen á las puertas de una ciudad de 10.000 habitantes. Penetró en ella, en medio de un silencio aterrador: estaba completamente desierta. Sólo hallaron tres ó cuatro mujeres que los miraron con ojos de compasión.

Tan extraña conducta aumentó el afán que Pizarro tenía por

conocer las intenciones de Atahualpa, por lo cual, y aun cuando era ya hora avanzada de la tarde, dispuso que, sin perder instante, marchase Hernando de Soto con 15 jinetes al campamento para, en su nombre, saludar al Inca. Tras de Soto, y como refuerzo por lo que pudiera ocurrir, salió Hernando Pizarro con 20 caballos más.

Hallaron al Inca rodeado de sus nobles, de sus oficiales, y de mujeres de la casa real, todos con espléndidos trajes. Él, modestamente vestido, estaba sentado á la morisca en un almohadón, y sobre la frente le caía el distintivo de los monarcas peruanos, una borla encarnada. Los enviados le dieron cuenta de su misión, y le invitaron á que visitase á los españoles en Cajamalca.

El Inca aparentaba una serenidad imperturbable: no se movía; su semblante no revelaba emoción alguna; no miró á los embajadores; no movió sus labios; no levantó los ojos. Un noble que se hallaba junto á él fué quien contestó en su nombre, y sólo dijo «está bien.» Hernando Pizarro insistió cortesmente, rogándole que contestase él mismo. Entonces le miró sonriéndose, y le dijo que al día siguiente iría con algunos de sus principales vasallos á ver á su capitán.

Montaba Soto un hermoso caballo, y notó que se habían fijado en él. Entonces, como excelente jinete que era, le hizo caracolear, y en alguno de sus movimientos se acercó tanto al Inca, que salpicó su traje con la espuma del caballo. Nunca el Inca había visto estos animales, y sin embargo, y no obstante la violencia con que el de Soto se le aproximaba, permaneció tan impasible como si fuera una estatua. Se hallaba tan en posesión de la grandeza de su cargo, que nada conmovía su olímpica serenidad. Era también muy celoso de la disciplina de las tropas, y debió contrariarle mucho el que algunos soldados se desbandaran delante de los extranjeros, por evitar el verse atropellados por los caballos. Se cree que aquella misma tarde fueron condenados á muerte.

El regreso de los embajadores á Cajamalca produjo en sus compañeros, que impacientes los esperaban, una impresión consternadora. Sus noticias sobre la actitud del Inca, el esplendor de su corte, lo numeroso de su ejército, el equipo y armamento

de éste, su orden y disciplina les hicieron comprender que tenían que habérselas con una nación mucho más civilizada de lo que ellos se imaginaran. Discurrían que había sido una locura, una desatentada temeridad el penetrar en el corazón del Imperio con tan reducida fuerza, donde no tenían á quién pedir auxilio, ni de quién recibirlo, imposibilitados de avanzar, imposibilitados de retroceder, cogidos como en una trampa, sin remedio humano á tan desesperada situación.

Llegó la noche, y el terror aumentó con ella, y con el espectáculo que se ofreció á su vista, de los fuegos encendidos en el campamento, tan numerosos, que cubrían, á pesar de hallarse muy juntos, una extensión dilatadísima.

Todos aparecían preocupados, todos indecisos sobre su porvenir; digo mal: todos no; había allí un corazón superior á los reveses; invulnerable á los desfallecimientos; un corazón de sobrehumana entereza: estaba Francisco Pizarro. Su semblante y sus palabras no revelaban temor; antes al contrario, satisfacción y confianza. Ya estamos, les decía, frente á frente del enemigo: hemos alcanzado nuestro objeto. Dios nos ha traído hasta aquí venciendo inauditos obstáculos para destruir la falsa religión é imponer la verdadera: nos guía la cruz del Redentor; nuestra misión es divina. Confiad, como habéis confiado siempre, en el auxilio de la Providencia; cumplid exactamente mis instrucciones: estoy seguro de que triunfaremos.

Dicho esto, convocó á los oficiales, y les hizo saber su extraordinario proyecto. Consistía en llevar allí al Inca y apoderarse de él, á la faz de todo su ejército. Lo cual, les añadió, estaba reducido á anticiparse á lo que el Inca, según sus noticias, y lo que era de temer de su carácter, trataba de hacer con ellos. Les había enviado sucesivos mensajes de amistad para irlos conduciendo al corazón del país, y al centro del ejército, donde creía fácilmente aniquilarlos. El pensar que adoptando una actitud pacífica serían respetados, era de todo punto ilusorio. Les perderían el temor que hasta entonces les venían inspirando, y en que estribaba exclusivamente la garantía de su seguridad.

Concertados en aquella junta los pormenores de ejecución, la gente se retiró á descansar, tomando las precauciones oportunas

para evitar una sorpresa. Los eclesiásticos que iban en la expedición pasaron toda la noche orando.

Así esperaron el amanecer del día siguiente: día supremo en que debía decidirse la suerte de unos y otros.

Apareció el alba; sonó el clarín; los españoles se levantaron. Pizarro entonces enteró á todos de su plan y los distribuyó como convenía. Formaban la plaza varios edificios con grandes salones. En algunos de ellos colocó la caballería, parte con Soto, parte con su hermano Hernando. En otro la infantería. Él tomó veinte hombres escogidos para acudir donde conviniese. Pedro de Candía, con unos cuantos soldados y dos falconetes, se apostó en una fortaleza de piedra situada en la extremidad de la plaza. Esta era muy grande y de forma triangular.

Según se les previno, debían todos permanecer ocultos hasta que sonara un tiro de arcabuz. En este momento se lanzarían á la plaza dando gritos de guerra, y espada en mano se apoderarían del Inca.

Dictadas estas instrucciones, se ocupó Pizarro en revistar las armas y en hacer que se repartieran víveres. También previno que se pusieran cascabeles en los pretales de los caballos para aumentar con su ruido el espanto que estos animales causaban en los indios. Después se celebró una solemne misa, en la que todos, con voz conmovedora y entusiasta, cantaron el *exurge, Domine*. Este acto religioso les infundió tal confianza y levantó tanto su ánimo, que lejos de temer ya la llegada de los enemigos, la esperaban con impaciencia.

Era bien entrado el día cuando se recibió un mensaje de Atahualpa anunciando su visita, y que llevaría la gente armada como habían ido los españoles á su campamento. Contestóle Pizarro que de cualquier modo que fuese le recibiría como amigo y como hermano.

La marcha del Inca, emprendida al mediodía, era pausada y ostentosa. Le precedían muchos indios limpiando cuidadosamente el camino. A ambos lados de éste formaban algunas tropas: su mayor número estaba esparcido por el campo hasta perderse de vista. Seguían á los criados varias compañías de indios con trajes de diferentes colores. Dominándolos á todos, y en hombros de sus principales nobles, aparecía el Inca en un trono

de oro, sustentado en palanquines. Iban en torno suyo las personas de su corte. Sobre el pecho del Inca relucía brillante collar de grandes esmeraldas. Ostentaba su cabeza, con el pelo cortado, varios adornos de oro, y cubría sus sienes la borla encarnada, emblema del poder imperial.

Cuando llegaron como á un cuarto de legua de Cajamalca, se detuvieron, y el Inca determinó establecer el campamento, pasar allí la noche y aplazar la visita para el día siguiente.

Sabedor Pizarro de esta resolución, se sintió extraordinariamente contrariado, y rogó al Inca, por medio del mismo mensajero de la noticia, que cambiase de propósito, pues todo lo tenía preparado para recibirle, y deseaba cenar con él aquella noche.

Accedió el Inca, y emprendió de nuevo la marcha, anunciando previamente que dejaría allí el núcleo de sus fuerzas, y él solo iría con pocas y sin armas. Dice Hernando de Pizarro, en carta que dirigió á la Audiencia de Santo Domingo un año después de estos sucesos, que le acompañaban de cinco á seis mil indios, y que, si bien iban sin armas, llevaban debajo de las camisetas unas porras pequeñas, hondas y bolsas con piedras.

Sin embargo, cualesquiera que fuesen los ulteriores planes de Atahualpa, debe creerse que en aquel caso procedía de buena fe. Dado el alarde de fuerza hecho ante los españoles, no podría ni concebir siquiera que allí mismo, rodeado de sus tropas, y próximo al principal cuerpo de ellas, se tuviese la temeridad de apoderarse de su persona.

Se iba acercando por momentos el desenlace de aquel terrible drama. La tarde empezaba á declinar cuando la comitiva llegó al pueblo. Los primeros que en él penetraron se abrieron en dos filas para que el Inca y los que de cerca le acompañaban pasaran por entre ellas. Tras del Monarca penetraron los 5 ó 6.000 indios que llevaba. Entonces mandó hacer alto, y comenzó á mirar en torno suyo, y como no viese más que á los indios, exclamó con extrañeza: «¿Dónde están los extranjeros?»

Presentósele en aquel instante el Dominico Fr. Vicente de Valverde, capellán de Pizarro, llevando en una mano un crucifijo, y en la otra una Biblia. Le hizo una reverencia, le santiguó con la cruz, y comenzó á explicarle los misterios de nuestra re-

ligión, los cuales oyó el Inca sin impacientarse; mas cuando le dijo Valverde que su reino estaba dado por el Papa al emperador Carlos V, de quien debía reconocerse tributario y vasallo, no pudo contenerse más: aquel rostro impasible se demudó; sus ojos sanguinolentos relampaguearon de ira, y lleno de indignación, preguntó con qué autoridad se le hablaba de aquella manera. Valverde le presentó la Biblia; el la cogió, pasó algunas hojas, y la arrojó al suelo. El fraile se apresuró á recogerla y corrió hacia Pizarro exclamando: «Ultraja nuestra religión; perdemos el tiempo; el campo se llena de indios; la hora es llegada; salid, yo os absuelvo.»

Pizarro entonces agitó una bandera blanca; era la señal convenida: sonó el disparo; se lanzaron á la plaza los oficiales gritando: «¡Santiago y á ellos!» y en el mismo instante, como torrente desbordado, cayeron las tropas sobre aquella masa de indios que, sorprendidos, amontonados, oprimiéndose unos á otros, nada podían ni se atrevían á hacer sino dejarse matar. Sus alaridos, sus lamentos, los gritos atronadores é incesantes de los españoles, el estrépito de los caballos, enardecidos con la refriega y con el sonido de los cascabeles puestos en los pretales, el tronar de los arcabuces y falconetes, y el humo de la pólvora reconcentrado en la plaza, formaban una escena aterradora nunca imaginada por los indios. Debieron creer que el cielo se desplomaba sobre ellos. El empuje de unos contra otros al rehuir el golpe de las armas fué tan formidable, que una tapia que los contenía cayó por tierra. Daba al campo, y por el boquete abierto, erizado de escombros, salieron revueltos fugitivos y perseguidores. La caballería hizo grandísimo estrago no sólo en ellos, sino en las tropas que se hallaban en los campos inmediatos, y á las cuales puso en completa dispersión.

Los nobles que rodeaban al Inca procuraban servirle de escudo para que nadie le ofendiera. Cuando caía uno, se colocaba otro en su lugar. Él permanecía impávido y sereno; ni una vez siquiera dió muestras de temor.

Pizarro se afanaba porque nadie le dañase, y cuando por la gente que hacia él se dirigía, y por los que habían caído de su comitiva receló que esto sucediera, se lanzó sobre aquel grupo con sus 20 esforzados rodeleros, se abrió paso gritando que no

le tocasen, llegó á las andas en que lo llevaban, y al esfuerzo que hizo para asir con su mano las ropas del Inca, lo derribó al suelo. Por él rodó la borla imperial. Todo terminó entonces: en aquel instante quedó conquistado el Perú. Era el sábado 16 de Noviembre de 1532.

El sol acababa de desaparecer del horizonte. Los indios pudieron creer que los abandonaba para siempre.

La plaza y los campos inmediatos quedaron cubiertos de cadáveres. Los españoles no perdieron á nadie: sólo hubo un herido, Francisco Pizarro, á quien, al apoderarse del Inca, un soldado español hirió involuntariamente. Cualquier espíritu supersticioso hubiera tomado tal circunstancia por de mal agüero, como pronóstico de que aquella conquista había de costar la sangre del conquistador, derramada por sus mismos compatriotas.

Los límites de esta conferencia y el desarrollo excesivo que he dado á los hechos anteriores, no me permiten hablar de la prisión del Inca, de lo dignamente que la soportó; de la inmensa cantidad de oro que ofreció por su rescate; de la muerte de su hermano Huascar decretada por él, temeroso de que le pudiera reemplazar; de la llegada de Almagro con refuerzos relativamente grandes; del disgusto de éstos por no caberles en el reparto del oro tan considerable parte como á la gente de Pizarro; de la actitud que adoptaron respecto del Inca, solicitando su muerte por creer que de esta manera sería mayor el botín; del proyecto que le atribuyeron, y á que el vulgo dió crédito, de estar preparando un levantamiento contra los españoles, y, por fin, de la formación de un tribunal para juzgarle, de la división de pareceres que en este tribunal hubo, y de que por mayoría de votos fué condenado á muerte. No se mostró Pizarro en un principio muy dispuesto á semejante perfidia; pero á la postre asintió á ella, persuadido de que la seguridad del país la reclamaba.

Tampoco diré nada de como con la nuerte del Inca toda la organización del Perú se deshizo como por ensalmo. Cayó la gran pirámide, y no quedó sino arena. Se apoderó del país la más espantosa anarquía. Pizarro, para calmarla, restableciendo, siquiera en apariencia, el antiguo orden de cosas, llevó á cabo

la coronación de un nuevo Inca. Pero éste logró evadirse, y promovió una sublevación formidable que puso en gran cuidado á los españoles, si bien al fin consiguieron dominarla. Y por cierto que en esta guerra se vió á Pizarro ejecutar de nuevo uno de aquellos actos de supremo arrojo que le eran tan habituales. Se desprendió completamente de todos los buques disponibles que salieron en demanda de refuerzos, sin quedarse ni con uno siquiera, donde se pudieran salvar, dado el caso, que no estuvo muy lejano, de no contar con ningún punto de refugio.

Tras de esta lucha surgió la guerra civil entre los conquistadores. Almagro fué preso y ejecutado. Su hijo y sus partidarios, cansados de sufrir toda clase de vejaciones, se decidieron á asesinar á Pizarro. A la cabeza de los conjurados se puso el veterano Juan de Rada, y el domingo 26 de Junio de 1544 penetraron en su casa, en Lima, y después de tenaz refriega, en que perecieron varios de ambas partes, y en que Pizarro, á pesar de tener más de sesenta años, luchó con su bravura y esfuerzo acostumbrados, recibió una herida en la garganta y cayó en tierra, donde Rada y otros conspiradores le atravesaron con sus espadas. «¡Jesús!» exclamó el moribundo; trazó una cruz en el suelo, inclinó la cabeza para besarla, y expiró.

Tal fué el doloroso término de aquel hombre extraordinario. En él está personificada la conquista del Perú, y por este motivo entiendo que no debo terminar la presente conferencia sin exponer algunas consideraciones sobre su carácter y principales hechos.

En la narración precedente se han ido dando á conocer los rasgos más notables de su vida, por lo cual omito ahora su reproducción. Me ceñiré á lo que no he mencionado.

Era sobrio, madrugador é incansable en el trabajo. Gustaba del juego, mas no por obtener ganancias, sino por buscar emociones que satisficieran la actividad de su espíritu. Tenía tan en poco el lujo, que para presentarse en público usaba capa negra, sombrero blanco, y zapatos del mismo color. Se decía que los llevaba así por imitar al Gran Capitán. No atesoraba. Se complacía en promover obras públicas y en fundar poblaciones, y á esto dedicó no sólo sus afanes, sino también su fortuna. Principalmente se consagró á tales trabajos cuando los de la

guerra se lo permitieron, ó su edad le impidió tomar en sus operaciones activa parte. A este período de su vida pertenece la fundación de La Plata, Arequipa, Pasto y León de Guanuca. No hago mérito de la capital, porque sabido es que fué Lima la ciudad de su particular predilección. Él puso en ella la primer piedra; él, cuando se erigió la catedral, llevó sobre sus hombros el primer madero que sirvió para construirla; él se afanaba por hacer de Lima una hermosa población, una segunda Sevilla, y se desvivía porque le mandasen de aquella ciudad árboles y otras plantas.

Hay que reconocer que su desprendimiento era grande. Al paso que espléndidamente repartía el terreno entre sus capitanes no se cuidaba de tomar el que á él se le concedía. Así sucedió con un extenso territorio con 20.000 esclavos que le otorgó la Corona.

Era cauteloso, disimulado, y de una percepción muy viva. No le educaron: ni leer, ni escribir sabía. Y, lo que es más notable, no quiso adquirir después estos conocimientos. Se había formado por sí mismo estudiando directamente los hechos y las cosas; los elementos de mediación más bien le sirvieran de estorbo que de auxilio; no estaba habituado á usarlos; el procedimiento de su inteligencia se acomodaba así más pronto, en la esfera esencialmente práctica de su vida, á la viveza de su espíritu, el cual ganaba de esta manera en intensidad lo que perdía en extensión.

Y á pesar de todo se le atribuye la cualidad de pensar mucho sus determinaciones, dándole esto apariencias de irresoluto. Si lo fué, lo limitaría á aquellos casos en que la prontitud en resolver careciera de importancia. Lo cual demostraría prudencia, fuerza de voluntad, bastante dominio sobre sí mismo para amoldar su propio genio á la exigencia de las circunstancias. Sus hechos demuestran que en los casos críticos, cuando la perplejidad es funesta, sus resoluciones eran tan rápidas como enérgicas.

Tenía las más elevadas dotes de los grandes capitanes. El hacerse querer del soldado; el correr sus mismas penalidades dándole constante ejemplo de fortaleza de ánimo para arrostrarlas; el conocer el corazón humano y los secretos resortes con que

se le conmueve ó enardece, y el descubrir, con mirada de águila, las condiciones vulnerables del enemigo en su organización, en su moral, en su espíritu, en el carácter y costumbres de sus jefes, y hasta en sus creencias y supersticiones.

De todo esto dió elocuente prueba en su memorable marcha sobre Cajamalca. Merced á ella realizó en dos meses, con 168 hombres, la conquista de un Imperio.

Dice Prescott, que cuando Pizarro desembarcó en el país lo encontró dividido por la guerra civil, y que parecía estaba en su interés excitar un partido contra otro, favoreciendo después al que más le conviniera. Mas hay que tener en cuenta que la guerra civil estaba ya terminada con la prisión de Huascar y la derrota de su ejército, y que el teatro de la lucha se hallaba muy distante del territorio donde había desembarcado Pizarro.

Es verdad que la operación llevada á cabo por tan insigne caudillo fué aventuradísima; pero en esto justamente consiste su mayor mérito; en esto se echan de ver las condiciones de gran capitán que adornaban á Pizarro. Sabía, por virtud de estas condiciones, que aquello que nadie hubiera hecho, lo podía él hacer. Se conocía á sí propio y conocía á su enemigo.

Algunos, y entre ellos Prescott, lo califican de pérfido; pero debe tenerse en cuenta que esta cualidad parece inherente al espíritu de los grandes capitanes. Alejandro, para deshacerse de sus enemigos más belicosos de la India, que defendían con ardor las ciudades, y le causaban grandes daños, hizo treguas con ellos, y cogiéndolos en el camino, cuando se retiraban, los exterminó á todos. Y al contar esto, añade, Plutarco, «entre sus hechos de guerra, en los que siempre se condujo justa y regiamente, éste es el único que puede tenerse por una mancha».

De César, cuenta el mismo autor, que Catón propuso fuese entregado á los bárbaros de Germania por haber quebrantado una tregua pactada con ellos. No quería Catón que el pueblo romano se hiciese solidario de semejante perfidia.

De Napoleón nada necesito decir; muy cerca de este lugar se alza luctuoso monumento, recuerdo y testimonio perennes de una de las mayores alevosías que manchan las páginas de la Historia.

Y todos estos hechos acusan verdaderamente exuberancia de

perfidia: ninguno era necesario; de ninguno de ellos dependía la vida de los conquistadores, ni el éxito de la conquista.

No hay comparación posible entre esta conducta y la de Pizarro en Cajamalca. Las circunstancias singulares y arriesgadísimas en que se encontró este caudillo no tienen precedente en la Historia. Ni aun de cruel puede tratársele, si se le juzga, como la equidad y el sentido común exigen, con el criterio de su época. Á pesar de todas las vocinglerías de la envidia era entonces España la menos cruel de las naciones de Europa.

Nada más justo, pues, ni más merecedor de encomios, que el acto reciente de la República peruana, reivindicando para el fundador de aquel estado cristiano la honra y la admiración que deben tributar á su memoria las dos patrias á que pertenece. España porque le dió nombre y sangre y la fe religiosa que le inspiró sus inauditas hazañas. El Perú, porque fué objeto de sus constantes afanes; allí quiso radicar y morir, y es aquel pueblo el guardador de sus restos.

El 26 de Junio de 1891, á los trescientos cincuenta años de su muerte, se verificó en Lima la ceremonia religiosa de honrar estos restos, y colocarlos en un lugar de la Basílica donde se hallen á la vista de todos. Y dijo con tal motivo el Municipio de Lima: «Debemos no olvidar nunca cuál fué nuestro origen, cuál la sangre que por nuestras venas corre, y que la antigua Metrópoli ha de mirar como nuevo vínculo de unión la ceremonia á que hoy asistimos.»

Estos mismos sentimientos que tanto enaltecen á los peruanos, y que tan felizmente responden á los que entre nosotros dominan, los acaba de reproducir con sincera elocuencia el señor Solar, Ministro de aquella República. Pocos días ha tuvimos la satisfacción grandísima de oirle expresar en esta misma cátedra su ardiente deseo de la identificación de ambos países. «Para el Perú, decía, que llama á España con inefable complacencia la madre patria, nada puede serle más grato que contribuir con sus riquezas y sus fuerzas al recíproco engrandecimiento de ambas.» Yo acojo con fruición estas palabras, y no hallándolas en mí bastante elocuentes para lisonjearme de infundir con ellas, en la medida á que aspiro, el sentimiento de fraternidad que debe vivir y mantenerse eternamente encen-

dido entre uno y otro pueblo, como entre la madre y todos sus hijos, me traslado con la imaginación ante la tumba de Pizarro, y allí, con unción religiosa, invoco, ardiente, sus manes para que afirme en lazo estrechísimo tan suspirada unión, con la fe y la constancia que formaron la esencia de su vida y el fundamento de su gloria (1).

---

(1) Muchos pasajes de esta conferencia fueron en su lectura suprimidos por no abusar de la paciencia de los oyentes.



